

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO I — TOMO I

MONTEVIDEO, OCTUBRE 5 DE 1881

NÚMERO 2

La teoría de la evolución ¿es una hipótesis?

POR J. ARECHAVALETA

Catedrático de Botánica médica en la Facultad de Medicina

(Conferencia leída en el Ateneo del Uruguay)

Señores:

El Sr. D. Prudencio Vázquez y Vega dejó caer el otro día desde esta misma tribuna, que la teoría evolutiva no era una verdadera teoría, sino una *hipótesis basada en un sinnúmero de pequeñas hipótesis*.

El Sr. Vázquez y Vega, profesor de filosofía espiritualista en el Ateneo, en contacto diario con todos los estudiantes que cursan en él, no ignora cuáles son nuestros principios científicos, sabe además que no somos los únicos partidarios de la teoría evolutiva.

De los que profesamos aquí, la mayoría son evolucionistas: el Dr. D. Manuel B. Otero, los señores Susviela Guarch, Felippone y Regúnaga son partidarios conscientes de ella.

Luégo, para que el Sr. Vázquez y Vega haya lanzado esa especie, tratando de desprestigiar nuestra enseñanza; para que haya dicho que la teoría evolutiva es una hipótesis basada en un sinnúmero de pequeñas hipótesis, es necesario que tenga fundamentos valederos, hechos científicos, sin los cuales no se hubiera arriesgado á formular una opinion tan poco respetuosa para sus colegas, en una materia de tanta trascendencia, y que le expondría á ser tratado con tan poca consideracion como él nos ha tratado.

Son esos hechos científicos que el Sr. Vázquez y Vega debe po-

seer contra la teoría evolutiva, los que debe traer aquí, y someterlos á una discusión tranquila y seria.

A ello le exhortamos formalmente, porque estamos dominados por la pasión de la verdad, y también porque suponemos que es arrastrado hacia ella como hacia el más perfecto ideal.

Sólo de esta manera son provechosas para esclarecer la inteligencia de los hechos y llegar al conocimiento de la verdad, las controversias sobre materias de la índole de la que nos ocupa.

Venga el Sr. Vázquez con esos hechos, y después de vencerlos con ellos tendrá motivo para tratar la gran teoría de la evolución, de hipótesis; ántes, no.

Mientras tanto, y para evitar el error que cometen generalmente los que combaten la teoría evolutiva, confundiendo ora con el darwinismo, ora con el transformismo, queremos dar la definición de las tres doctrinas formuladas por el eminente zoólogo de Jena, Dr. D. E. Hæckel y que la constituyen por completo: I. *La teoría general de la evolución*. II. *La teoría de la descendencia*. III. *La teoría de la selección*.

Expondremos después la concepción de las creaciones especiales, que sostienen los partidarios de las causas finales, en oposición á las dos últimas, que son las que se relacionan con el mundo orgánico, y terminaremos esta mal aliñada conferencia con algunas consideraciones contestando á ciertas acusaciones que con frecuencia se nos dirigen, entre ellas la de destructores de lo bello, de la verdad, etc.

I.—*La teoría general de la evolución*, la teoría de la progénesis, ó teoría de la evolución, en el sentido más lato, y como concepción filosófica del Universo, sostiene que en la naturaleza entera existe un gran *processus* evolutivo, uno, continuo y eterno; que todos los fenómenos de la naturaleza sin excepción, desde el movimiento de los cuerpos celestes y la caída de una piedra, hasta el desarrollo de las plantas y la conciencia del hombre, suceden en virtud de una sola y misma ley de causalidad; que todo es reducible á la mecánica de los átomos. Concepción mecánica, ó mecanista, unitaria ó monista del mundo, en una sola palabra, *monismo*.

II.—*La teoría de la descendencia*, considerada como teoría del origen natural de los seres organizados, sostiene que todos los organismos complejos, derivan de organismos simples, que todos los animales y vegetales policelulares descienden de seres unice-

lulares y que éstos son la posteridad de organismos rudimentarios todavía más simples, de móneras. Así como vemos las especies orgánicas, las especies tan variadas de plantas y de animales modificarse bajo nuestra vista, por la *adaptación*, y que la herencia de formas ancestrales comunes puede sola darnos razón de las similitudes que persisten en la estructura interna, es preciso admitir la existencia, al ménos para los grandes grupos principales de los reinos animal y vegetal, para las clases, las órdenes, etc., formas ancestrales comunes.

El número de estas formas se limita de esta manera y las más antiguas necesariamente serían las móneras. Que admitamos una sola y única forma ancestral común (hipótesis monofilética) ó que admitamos varias (hipótesis polifilética), nada en el fondo importa para la teoría de la descendencia. Lo mismo, es indiferente para el principio de esta doctrina que se atribuya á tal ó cual causa mecánica, la transformación de las especies.

La hipótesis de esta transformación de las especies es la única necesaria; la teoría de la descendencia se llama también teoría de la transformación de las especies, ó *transformismo*, ó con el nombre de Lamarck, que la ha establecido en 1809: *Lamarckismo*.

III.—*La teoría de la selección*, nada más que como teoría de la selección, sostiene que casi todas, ó al ménos la mayor parte de las especies orgánicas, resultan de la selección: las especies artificiales en estado doméstico (animales domésticos y plantas cultivadas) por la selección artificial; las especies naturales de plantas y de animales en el estado salvaje, por la selección natural. En las primeras, es la voluntad del hombre que con propósito deliberado ha obrado; en las segundas, es la lucha por la existencia, pero sin plan ni designio. En ambos casos, la transformación de las formas orgánicas ha tenido lugar por la acción recíproca de las leyes de la herencia y de la adaptación. En ambos casos, esta transformación descansa sobre la selección de una minoría de seres, los mejor dotados.

La teoría de la selección es la conocida bajo el nombre de *Darwinismo*, en honor del eminente Carlos Darwin, quien en 1859 la formuló por primera vez y reconoció su valor é importancia para la interpretación de los fenómenos naturales, envueltos, hasta entonces, en las sombras de un estéril misticismo.

LAS DOS TEORÍAS PRINCIPALES SOBRE EL ORIGEN DE LAS ESPECIES

Señores:

Para la interpretación del origen de las especies que pueblan nuestro globo, ha formulado el hombre dos teorías principales:

La teoría de las creaciones sobrenaturales y la de la evolución.

Según la primera, todos los animales y vegetales existentes fueron creados desde el principio absolutamente independientes; todos los individuos de una misma especie descienden de una forma única, específica: hay tantas especies diferentes como formas distintas creó Dios originariamente.

Esta es, rigurosamente interpretada, la creación sobrenatural contenida en la Cosmogonía Mosaica.

El fundador de la nomenclatura binaria en historia natural (Linneo) explicó más categóricamente esta opinión, diciendo que desde el principio, un individuo ó un par de individuos de cada especie vegetal y animal fueron creados por Dios.

Para las especies de sexos separados, un macho y una hembra; para las sexuadas hermafroditas, como zoófitos, gusanos, moluscos (caracoles de la viña y otros) y la mayor parte de las plantas fanerógamas, bastó un solo individuo.

La segunda, la teoría evolutiva de los organismos, establece que todas las especies actuales, diversamente organizadas, descienden de formas muy simples, de móneras, y que, en el transcurso incalculable de los siglos, han venido modificándose lentamente; que las especies extinguidas, cuyos restos se encuentran en las diversas capas geológicas, son formas que perecieron en la lucha por la existencia que tuvieron que sostener.

La consecuencia más importante de esta teoría, es el parentesco que revela entre la especie humana y otros mamíferos.

No venimos con el propósito de entrar en todos los detalles necesarios para dar una idea suficiente de esta grandiosa teoría, que pretende explicar todos los fenómenos del mundo orgánico, por causas mecánicas; al contrario de la otra que los atribuye á fuerzas ocultas obrando con un fin preconcebido.

Esta tarea sería muy larga y demasiado pesada para nuestras fuerzas, ni cabe tampoco en el reducido cuadro de una conferencia.

Lo que pretendemos es dejar bien sentado que esta grandiosa concepción sobre el origen de las especies, cuya elaboración, empezada en el siglo pasado, sólo pudo sancionarse en una época de gran progreso intelectual como la nuestra, es una verdadera teoría científica, sólidamente establecida hoy en hechos científicos, y aceptada por todos los sabios eminentes, y no, como se ha dicho en esta tribuna, una *hipótesis basada en un sinnúmero de pequeñas hipótesis*.

La otra, que hasta hoy dominó en el mundo científico y ha servido de base á todos los sistemas filosóficos, incluso el que el Sr. Vázquez profesa, es, como lo decíamos al principio, la de una creación sobrenatural, y por eso podemos llamarla *hipótesis irracional*, ó como el Sr. Hæckel, *creatismo*.

Ateniéndonos, pues, á los fenómenos del mundo orgánico únicamente, diremos: que la diversidad prodigiosa de los hechos estudiados por la morfología y la fisiología comparada, por la anatomía y la embriología, órganos rudimentarios sin uso, sucesión geológica y distribución geográfica de las especies, se interpretan y explican con la teoría de la evolución y son las pruebas más concluyentes de su legitimidad.

¿Conoce el Sr. Vázquez algún hecho científico que venga á destruir todos los de que tratan esas ciencias? Si los tiene, sométalos á una discusión. Sólo así se conocerá la justicia que le acompañaba al calificar de hipótesis la teoría científica de la evolución.

¿Puede el Sr. Vázquez explicarnos, con la hipótesis de las creaciones especiales, con el creatismo, lo que se entiende por una buena ó mala especie? ¿Puede darnos una idea (más racional que la evolutiva) para explicar las razas, ó variedades de animales domésticos y de las plantas cultivadas? ¿de los ligeros caballos de carrera y de los pesados de carga? ¿de los *poneys* enanos y de los enormes *frisons*? ¿de las numerosas razas de palomas domésticas y de las variedades de plantas cultivadas?

Si puede hacer esto, tendrá razones para tratar de hipótesis la teoría científica de la evolución. Mientras no lo haga, mientras no quiera entrar en el anchuroso campo de las ciencias biológicas, y nos salga diciendo que la opinión que emite ha sido formulada por este ó aquel autor, no entraremos en discusión con él.

Si sólo de autoridades se trata (y no de hechos y pruebas científicas) cien contra uno pudieran oponerse.

En el congreso de Dublin, de la Asociación Británica para el

progreso de las ciencias, el Sr. G. J. Romanes, en su conferencia "La inteligencia de los animales", dice:

"La generacion actual ha visto realizarse, en el pensamiento, una revolucion sin precedente.

"No quiero decir solamente que durante este siglo, todas las ciencias sin excepcion han dado un paso hacia adelante mucho más considerable que en las épocas de actividad intelectual anteriores, sino tambien, que en la ciencia biológica en particular, nos ha sido posible ver enunciar de una manera racional, demostrar de un modo práctico y aceptar de una manera general, la gran doctrina de la evolucion. Para mí, éste es un hecho de una importancia sin igual en toda la historia del pensamiento, no sólo porque sé que ha transformado completamente el estudio de la vida, haciendo de él, en vez de una acumulacion de observaciones incoherentes, un conjunto racional de principios fundamentales, sino ademas porque ahora se puede ver claramente que los resultados obtenidos hasta hoy por la teoría de la evolucion, son un gaje de los que nos dará en el porvenir. Conocemos los progresos que siguieron en astronomía á la demostracion matemática de la ley de gravitacion, y es imposible dudar que progresos más importantes aún, no resulten para la ciencia, mucho más compleja, de la biología, de la demostracion práctica de la ley de evolucion.

"Por mi parte, estoy plenamente convencido de ello; y puesto que este cambio enorme en nuestros medios de conocimientos y en nuestros pensamientos, es debido casi únicamente á los trabajos de un solo hombre, no titubeo en declarar delante del auditorio tan ilustrado que me escucha, que la historia entera de las ciencias no cuenta un solo nombre más digno de veneracion que el ya inmortal de Cárlos Darwin.

"Mas, se dirá puede ser, ¿por qué terminar así con el panegírico de la teoría de la evolucion?

"Contestaré que si en el estudio de la vida, esta teoría es el principio fundamental que relaciona todos los hechos de la ciencia, no cabe duda que en el estudio de la inteligencia, su importancia no será menor. Desde ahora, aunque sólo estamos en la aurora de la ciencia psicológica, basta abrir los ojos para ver que la teoría de la evolucion se levanta aquí como un sol de verdad, eclipsando todas las luces de las teorías anteriores, disipando las supersticiones como vapores producidos por la obscuridad, y revelando á nues-

tras miradas atónitas las maravillas de un mundo hasta entónces invisible. La conclusion que quisiera grabar en todos los espíritus, es la de la unidad de la inteligencia, que demuestra el estudio de la psicología comparada, como el de la anatomía igualmente comparada. Esta será la gloria eterna de nuestro siglo y de nuestra nacion, la de haber operado esta inmensa transformacion en nuestra manera de ser."

El Sr. C. O. Marsh, en el Congreso de Washville, de la *Asociacion Americana* para el adelanto de las ciencias, en su discurso presidencial *Introduccion y sucesion de los vertebrados*, se expresa así. . . . "Se convencerá fácilmente, que semejante evolucion se ha producido estudiando cuidadosamente algun grupo determinado de animales en su historia pasada, tal como se halla escrita en la costra terrestre.

"La evidencia aparecerá sobre todo claramente si el grupo escogido pertenece á formas de un orden elevado, porque aquí las trasformaciones son mas fáciles de comprender.

"Pero no necesito presentar argumentos en favor de la doctrina de la evolucion; dudar en efecto de esta doctrina, hoy, es dudar de la ciencia misma, y la palabra ciencia es sinónimo de verdad.

"Tomando, pues, la teoría de la evolucion como la llave de los misterios de la vida que se ha desenvuelto en la superficie de la tierra, abordo el asunto que he escogido, á saber: *La introduccion y sucesion de los vertebrados en América.*"

En la Academia de Ciencias de Berlin, en sesion pública anual, el Sr. M. E. Du Bois-Reymond, en su discurso "Darwin contra Galiani", se expresa así:

"Mostrar, aunque sea de léjos, la posibilidad de desterrar de la naturaleza la finalidad aparente, y de sustituir en todo, á las causas finales la necesidad ciega, es realizar en el mundo del pensamiento un progreso capital que señalará una época nueva en el modo de tratar estos grandes problemas. Miétras haya una filosofía natural, el título más bello de gloria de Cárlos Darwin será de haber mitigado el tormento de la inteligencia meditando sobre el mundo."

"Fué un golpe como jamas se vió en la historia de la ciencia, preparado desde tanto tiempo y sin embargo tan súbito, tan tranquilamente asestado y á la vez tan poderoso.

"Por la extension y la importancia del terreno sacudido, por la repercusion que ha tenido en los círculos más lejanos de los conoci-

mientos humanos, fué un hecho científico sin precedente. Después de la destrucción de un gran imperio, el desorden y la confusión se prolongan largo tiempo en los países limítrofes mientras que en el foco mismo del sacudimiento, un estado nuevo de cosas empieza á consolidarse; lo mismo, á causa de la revolución darwiniana, la frontera siempre incierta entre la ciencia de la naturaleza y la filosofía, quedó entregada á una fermentación violenta, á una ebullición literaria, en donde aparecen casi cada día colores engañosos como los que producen las láminas delgadas.

“En el campo de la ciencia seria, al primer atolondramiento ha sucedido un exámen más tranquilo.

“Una generación nueva que ha crecido en el seno del sacudimiento, ha adquirido valor y empieza ya á tomar la dirección del movimiento. A excepción de algunos *originales* cuyos lamentos no bastan para impedirnos entrar al orden del día, todo el mundo admite que la posición antigua no era ya sostenible, y que á las creaciones sucesivas de Cuvier y de Agassiz, era necesario sustituir la doctrina darwiniana de la derivación de las especies.

“En frente de la doctrina de la escuela sistemática que hasta Darwin reinaba sin oposición en la enseñanza y en los libros de ciencia, la doctrina de la derivación de las especies, constituye seguramente un progreso inmenso.”

.

 A estos eminentes autores podíamos agregar las opiniones de Herbert Spencer, Maudsley, Huxley, Tylor, Lubbock, Bain, Müller, Gegenbaur, Martins, Hæckel, Claus, Vogt, Broca, Letourneau y cien otros que profesan y han formulado opiniones en el mismo sentido.

Mientras el Sr. Vázquez no nos presenta hechos científicos, ni hombres de saber que puedan compararse con los que acabamos de enumerar, sostendremos que la teoría de la evolución es científica, y que la opinión del Sr. Vázquez carece de base y ha sido lanzada sin reflexión desde la tribuna de este Ateneo; un producto, en fin, de ese sistema *a priori* de los metafísicos.

Aquí debíamos dar fin á nuestro imperfecto trabajo, y esperar las objeciones del Sr. Vázquez; pero considerando el giro que llevan las últimas conferencias en el Ateneo, y los infundados ataques dirigidos á las ciencias, que se pretenden subordinar al método introspectivo, y como siguen vivas en muchos cerebros (y seguirán

todavía durante algún tiempo) las ideas espiritualistas, nos vamos á permitir arrancar una hoja de nuestros apuntes de estudio para agregar á este trabajo.

El cerebro es el órgano del pensamiento; la corteza cerebral, la verdadera esfera de la actividad psico-intelectual. Todo pensamiento produce un cambio en la materia gris. Ningún pensamiento puede nacer sin este cambio ni dejar de nacer cuando se produce. Este cambio consiste en un movimiento que el estado actual de los conocimientos no nos permite precisar. Su dirección es determinada por las vías nerviosas: fibras y filamentos que reúnen las células en multiplicados *plexus*.

Un movimiento dado se cumple en un tiempo más ó menos largo, siempre apreciable, y se efectúa con tanta más facilidad cuanto mayor sea su frecuencia, acabando por modificar ciertos grupos de elementos nerviosos, que recorridos siempre por las mismas impresiones, se constituyen finalmente en centros especiales para ciertos fenómenos.

Si á estos datos fisiológicos añadimos que el hombre, en su constitución y saber, como dice Maudsley, es el heredero de las adquisiciones del pasado; que además de la naturaleza emocional é innata de su especie, posee la de sus antepasados inmediatos; y que el desenvolvimiento sigue el camino que la herencia le ha trazado, haremos comprensible, hasta cierto punto, cómo las ideas espiritualistas, más ó menos religiosas, idealistas ó racionalistas, cuya elaboración empezó en una época que se pierde en la noche de los tiempos, han venido transmitiéndose de generación en generación y se hallen tan profundamente arraigadas en muchos cerebros.

Es así cómo ciertas células del *sensorium*, solicitadas continuamente por impresiones é ideas espiritualistas, atravesadas por corrientes de igual naturaleza, se han amoldado á ellas y adquirido propiedades especialísimas que testimonian por apetencias ó repulsiones hacia ó contra determinados fenómenos.

Esas células, que pedimos permiso para llamar *animistas* ó espiritualistas, grandes y pequeñas, heredadas de nuestros antepasados inmediatos, con sus núcleos enormes, envueltos por el intrincado *reticulum* protoplásmico, con sus ramificaciones numerosas, agrupadas en masas compactas, las más pequeñas en la parte superior de la corteza, las más grandes en la inferior; las primeras, centinelas avanzadas, recibiendo las impresiones del mundo exterior por

los órganos correspondientes, para transmitirlos á los segundos, que deciden y ordenan la movilidad, son las que (permitáscenos la metáfora) vestidas del traje frailuno, asistieron como agentes activísimos á todos los actos monstruosos de la Inquisición y encendieron hogueras para quemar á los libres pensadores; las que comatieron las masacres de la San Bartolomé y de las dragonadas; las que persiguieron á los albigenses, y que visten hoy el traje civil y enarbolan el estandarte de la tolerancia; pero á pesar de su nuevo uniforme y de su simpática bandera, el fisiólogo naturalista reconoce su filiación, descubre su árbol genealógico, sabe las transformaciones que han sufrido en la larga serie de generaciones que cuentan.

Son esos viejos elementos los que han creado todos los sistemas filosóficos que por su esterilidad están completamente desacreditados hoy; ellos los inventores de las mesas giratorias del magnetismo, de la magia, de la piedra filosofal; ellos los que, poseídos de un orgullo insensato, han pretendido alcanzar el conocimiento de las primeras causas; ellos los que se han entregado, en la rabia de la impotencia, á todos los medios imaginables, éxtasis, catalepsia, ventriloquia, fenómenos producidos por un estado patológico verdadero.

¿Queréis verlos en acción?

Aguardad que algun individuo impulsado por elementos de esa especie suba á esta tribuna y largue contra el positivismo ó el materialismo esa especie de comodín que con tanta frecuencia emplean. Que diga por ejemplo: "La materia es compuesta, el espíritu es simple; éste siente, piensa y quiere; lo bello, el bien, la moral, la libertad son el patrimonio exclusivo del espíritu simple. El materialismo conduce al triunfo del más fuerte, á la tiranía, á la negación de la verdad; es una aberración repugnante". Al momento, todos los elementos atrincherados en aquella fortaleza metafísica, agradablemente impresionados, transmiten sus órdenes, y hé aquí que por acción refleja batirán palmas frenéticamente. Esperad un rato y veréis el fenómeno producirse.

Mientras tanto, veamos lo que hay de cierto en algunas de esas afirmaciones absolutas y *a priori*. No entraremos á considerar todas ellas; eso nos llevaría muy lejos y la tela no da para un cuadro de tan grandes proporciones. Consideremos una: la concepción intuitiva de lo bello. Siendo las demás de igual origen, lo que descubramos en ésta, nos enseñará lo que puede haber en las otras.

Dice la ciencia: "En cuanto á la aptitud del yo para conocer las cosas de la naturaleza, es indudable, decisivo, que cualquiera que pueda ser nuestra facultad de pensar, no tenemos más que los sentidos para instruirnos. Si nada pudiéramos ver, sentir, probar ni tocar, nada sabríamos, absolutamente nada, de lo que está afuera de nosotros, ni aún de lo que somos corporalmente. Nuestros conocimientos no son ciertos sino cuando la impresión sensorial y la percepción internas son verdaderas".

Los filósofos espiritualistas pretenden "que las realidades exteriores son productos del pensamiento puro, el mundo una expresión del espíritu, de modo que basta tener la plena posesión de la idea innata en nuestra alma, para obtener sin más datos la razón y llegar hasta la naturaleza del Universo, y leer de corrido los misterios del cielo, de la tierra y de la humanidad en el foco del pensamiento divino".

Luego, para la ciencia no se puede llegar al conocimiento de lo bello sin una larga educación objetiva de los sentidos.

Para los filósofos metafísicos *transcendentalistas*, basta la intuición pura *a priori*.

Poned, sin embargo, á prueba, á uno de esos visionarios, émulo de la divinidad, que carecen de educación objetiva estética, en presencia de la Vénus de Milo ó del Apolo del Belvedere, y se quedarán tan fríos como un piel roja oyendo una sinfonía de Rossini ó de Beethoven; atravesarán las soberbias ruinas del Acropolis de Atenas, como se atraviesa las de una toldería de salvajes ó un árido desierto.

No queremos entrar en todos los demás casos, productos del mismo método intuitivo.

Aplicad este mismo criterio y llegaréis infaliblemente á las mismas conclusiones.

Y bien, señores, es á la conquista de esos viejos elementos, inventores de sistemas filosóficos estériles y que han pretendido llegar al conocimiento de las causas primeras, á donde va la ciencia con paso lento y seguro, no con el cruento fin de destruirlos, sino con el laudable de transformarlos, para que sepan ganar el pan de su alma con el sudor de su frente.

La memoria

REFUTACION DE LA DOCTRINA MATERIALISTA ACERCA DE ESA FACULTAD

POR EL D.^o D. SECUNDINO VIÑA

Catedrático de Fisiología en la Facultad de Medicina de Montevideo

(Conferencia leída en el Ateneo del Uruguay)

Señores:

Cuando el hombre tiene convicciones arraigadas, se encuentra en el deber ineludible de exponerlas y de interesarse por el triunfo de las mismas.

El que hace traición á sus ideas, es un traficante de la verdad y de la honra. Por esta razón, á pesar de conocer mi insuficiencia para el desarrollo de las doctrinas trascendentes que en este centro del saber se discuten, me veo forzosamente obligado á prestar mi pequeña cooperación á los que con más autoridad y más luces que yo, han sostenido tan valientemente los principios de la bandera espiritualista, que son los que siempre ha profesado el que tiene el honor de dirijiros la palabra. Confían 'o, pues, en vuestra reconocida indulgencia, entro en materia.

De inmensa trascendencia es el estudio de todos los fenómenos psicológicos. Pero de ningún modo podemos equiparar el que atañe á las facultades superiores del espíritu, con el que se refiere á aquellas que al parecer necesitan para su manifestación el concurso de la materia orgánica. No examinaré yo, señores, las profundísimas cuestiones que surgen al penetrar en el augusto templo de la metafísica. No buscaré solución á esos eternos problemas que, como el que se refiere á la correspondencia del fenómeno subjetivo con la realidad objetiva, son mirados por los materialistas como devaneos

insensatos de imaginaciones calenturientas. Desgraciadamente, en nuestros tiempos se presenta una de esas fases del espíritu humano en las que, como diría un sabio frenópata de nuestros días, la actividad anímica intra-central enferma, deja de ejercer su saludable influencia sobre la esfera de la sensibilidad. Y como consecuencia de este hecho, la idea se encuentra reemplazada por la representación sensible en el mundo psicológico, y las nociones de bien y mal, en el metafísico, por el placer y el dolor. Prescindiremos, pues, en lo que nos sea posible, de todo lo que no sea dato fisiológico y observación del sentido íntimo. Claro está que mediante este último, tendremos que hacer abstracción del exclusivismo que caracteriza á la escuela positivista en cuanto al método. Pero, felizmente, los adeptos á esta escuela son inconsecuentes, desde el momento en que para la formación de sus teorías, apelan á los medios que condenan en nosotros.

Por esta razón, señores, he elegido como objeto de esta conferencia, una de esas cuestiones acerca de cuyo conocimiento se ocupan con gran interés tanto la escuela espiritualista como la materialista. Como mi intento es refutar esta última, que pretende conciliar la no admisión del alma con la existencia de la memoria, expondré hechos universalmente aceptados, íntimamente enlazados con dicha facultad, y trataré de probar la impotencia del materialismo para su explicación.

Existe en el hombre la facultad de reproducir y reconocer los conocimientos pasados.

Pero no sólo el hombre recuerda haber tenido tal sensación, sino que también recuerda haberla tenido con relación á tal ó cual objeto.

Al referirse el hombre á lo pasado, lo hace, no porque haya pasado la cosa que recordamos, sino porque ha pasado el tiempo en que la percibimos. Las condiciones del ejercicio y desarrollo de la memoria, ó sean las llamadas empíricas, son las siguientes: la vivacidad de la primera impresión, la atención, la repetición y la asociación de las ideas, que comprende la ley de contigüidad en el tiempo y el espacio, y la ley de semejanza. Por no molestar demasiado vuestra atención, no expondré más que un hecho tomado de Luys, y que hace comprender perfectamente la gran influencia de la asociación en los recuerdos.

Dice este célebre fisiólogo: Cuando por una observación clínica hemos llegado á conocer que, dado un caso de reumatismo articular

lar agudo, este estado de fluxion de las articulaciones va acompañado de una manifestacion similar del lado del corazon, las dos impresiones forman en adelante en el espíritu dos recuerdos asociados de tal manera, que presente el primero, surge en el acto el segundo, y recíprocamente.

En presencia de un enfermo que padece de reumatismo, pensamos en la existencia de una afeccion cardiaca, y recíprocamente, en presencia de una antigua afeccion del corazon, se interroga al enfermo acerca de sus antecedentes reumáticos.

Cuando yo he aprendido, continúa, por experiencia de los maestros, que las lesiones de las raíces y de los cordones posteriores de la médula, van acompañadas de una incoordinacion de movimientos, de perturbaciones en la vista, de agudos dolores en los miembros, de crisis gástricas, etc., úno en mi espíritu por el estudio una serie de recuerdos asociados entre sí, formando una especie de federacion, de tal suerte, que cuando es evocado aisladamente uno de ellos, cuando veo, por ejemplo, á un enfermo que padece perturbaciones especiales de la vista, pienso automáticamente en la incoordinacion de sus movimientos, en la existencia de dolores agudos, etc.

Excusado es exponer otros ejemplos comprendidos en las demas leyes de la memoria, por cuanto sobre este punto están acordes todos los que se han ocupado de la facultad en cuestion. Antes de hablar de las diversas especies de memoria, debemos decir algo de la llamada amnesia, por cuanto este estado no habitual de la vida, nos proporcionará, en mi concepto, una base bastante sólida para formular una clasificacion racional. Sabemos que la amnesia se define de un modo general, diciendo que es la pérdida de la memoria. Pero este estado psíquico se ha dividido en varias especies.

Así tenemos la llamada *pérdida de la memoria retroactiva*, en cuyo caso el enfermo no recuerda el acceso que ha tenido, ni lo que le ha pasado durante el mismo. En algunos casos se olvida tambien de un tiempo más ó ménos largo que ha precedido al acceso. Existe tambien el llamado *desdoblamiento* de la memoria, en virtud del cual el individuo tiene el recuerdo del acceso cuando es nuevamente atacado; pero de ningun modo en los intervalos: parecen dos existencias distintas. Pero es sobre todo la llamada *pérdida de la memoria parcial*, la que más interesa á nuestro objeto.

En esta forma de amnesia tenemos muchas variedades, como las que se refieren á la pérdida de la memoria de los sustantivos, ver-

bos, adjetivos, etc., ó sea la amnesia del lenguaje ó afasia (1). Esta modalidad particular de los centros nerviosos es, á mi modo de ver, la base fundamental de la clasificacion más filosófica que puede hacerse en el estado actual de nuestros conocimientos, de las distintas especies de memoria. Digo esto, por cuanto cualquiera de las formas de la última especie de amnesia justifica la division más general de la memoria en sensible é ideal ó metafísica. En apoyo de este aserto pudiera citar muchos hechos; pero no referiré más que uno, que me ha llamado altamente la atencion, y que es suficiente para mi objeto. Dice Mauchart que un hombre atacado de apoplejía, perdió tan completamente la facultad del lenguaje, que tuvo que darse á entender por señas. Como al principio su familia entendió mal las señas, ocasionándole con esto una contrariedad continua, se esforzó mucho por hablar, pero no consiguió más que emitir sonidos articulados. Sin embargo, al poco tiempo empezó á leer por mañana y tarde en un libro sus oraciones en alta voz, de una manera completamente inteligible y sin detenerse, como si su facultad de hablar no hubiese padecido nada.

El primer dia que esto sucedió, su familia creyó con alegría, que había recobrado el uso de la palabra, y esperaba que hablase durante el dia; pero continuó sirviéndose de sus signos usuales, y por más esfuerzos que hizo por hablar, no lo consiguió.

Continuó, pues, leyendo sus oraciones por la mañana y por la tarde, y siguió en el mismo estado hasta su muerte, leyendo en alta é inteligible voz, pero sin poder formular una sola palabra por sí

(1) Sabido es que en nuestros tiempos, una de las cuestiones más interesantes, en el estudio de la fisiología, es la que se refiere á las localizaciones cerebrales. Si bien es cierto que Brown-Sequard, Goltz y otros fisiólogos, se oponen á la existencia de aquéllas, no lo es ménos tambien que la experimentacion en los brutos y la observacion clinica en el hombre, tienden de consuno á su admision.

Pero las legítimas dudas que surgen acerca de la doctrina más avanzada á este respecto, desaparecen cuando se trata de algunas localizaciones, que, como la descubierta por Broca, está hoy casi universalmente admitida. La ciencia tiende hoy á distinguir en el cerebro centros indispensables para la memoria sensitiva y centros necesarios para la facultad del lenguaje. Sin embargo, muchos ejemplos de conservacion de la memoria con pérdida de la facultad del lenguaje, citados por los autores, nos parecen inexactos, toda vez que esta última parece ser una variedad de aquélla. Segun lo que precede, seria más racional considerar el centro descubierta por Broca en la tercer circunvolucion frontal izquierda, como psíquico, y no como motor.

mismo y espontáneamente. Este hombre, como dice perfectamente Ahrens, tenía indudablemente conciencia de sí mismo, toda vez que entendía á los demas y él se hacía entender por señas; pero había perdido la facultad de formular espontáneamente sus ideas por medio de palabras. La memoria de los conceptos permanecía íntegra; pero una variedad de la memoria que hemos llamado sensitiva, había desaparecido. Este solo ejemplo nos autoriza para considerar las llamadas memorias de los lugares, tiempos, colores, etc., como simples variedades de la memoria sensitiva. Vamos ahora á examinar las explicaciones principales que se han emitido acerca de la naturaleza de los fenómenos que acabamos de indicar.

El materialismo, desde la antigüedad hasta nuestros dias, ha tratado con sus superficiales conceptos de dar la razon del hecho en cuestion. Nosotros no seguiremos las aberraciones de esta escuela, desde Demócrito y Epicuro hasta nuestros dias. Nos referiremos principalmente á los supuestos argumentos fundamentales de los naturalistas contemporáneos, y especialmente á Luys, que es el que con sus vastos conocimientos fisiológicos expuso con más método y funesta brillantez esta absurda doctrina. Sin embargo, no podemos prescindir de decir dos palabras acerca de la doctrina de Gall, toda vez que si bien está desechada en lo que se refiere á las localizaciones cerebrales, no sucede así en lo que atañe al concepto dado por el célebre frenólogo á las facultades psíquicas. Sabido es que para Gall existen la razon y la voluntad, nada más que como el conjunto de las facultades intelectuales. Nadie ignora que segun este médico, cada una de las facultades por él enumeradas, tiene su percepcion particular, y su memoria é inclinacion propias.

Ahora bien: consideradas de este modo las facultades psíquicas, queda destruída la unidad de conciencia, y la razon y la voluntad no son más que un conjunto. Se ve, pues, que las consecuencias de la doctrina frenológica están en abierta oposicion con el verdadero concepto de la razon y de la voluntad y con lo que nos enseña la observacion interna. Hecha esta consideracion, que destruye la frenología en su base, pasemos á ocuparnos de la explicacion dada por Luys y sus adeptos.

Mucha atencion han llamado, señores, y con razon, las nuevas ideas fisiológicas de Luys acerca del cerebro; pero desgraciadamente, las luminosas observaciones con que ha enriquecido la ciencia, son consideradas por este autor, como premisas de las cuales cree lógicamente sacar consecuencias que están en abierta oposicion con lo

que de consuno nos enseñan la deducion metafísica y la más rigurosa observacion psicológica. Nada más interesante que la descripcion que hace Luys de la célula cerebral, cuando remontándose á lo infinitamente pequeño, encuentra en el nucleolo, no una sustancia amorfa como la última expresion de la unidad de la célula nerviosa, sino el filamento que por la disposicion que afecta con sus congéneres, imita, como dice oportunamente y con gran naturalidad Luys, un cesto de juncos.

Pero lo que precisamente immortaliza á este autor, es la descripcion que con tanta maestría y nuevos datos hace de las circuncripciones aisladas de sustancia gris de la cámara óptica, y de las relaciones que establece entre dichos núcleos y las puertas de entrada de todas las impresiones, para dirigirse éstas, despues de modificadas en los mismos, al "sensorium commune". Admira indudablemente observar dichos conceptos de Luys, máxime cuando dirigiendo su mirada perspicaz al punto inicial de la incitacion motriz, indica la ruta que toma ésta para llegar al cuerpo estriado, en donde recojiendo, digámoslo así, la fuerza inervadora suministrada por el cerebelo, va á obrar ya sobre el tensor de la coróides, para la acomodacion del ojo á distancias diversas, ya al tensor de la membrana del tímpano, determinando los movimientos inconscientes de la cadena de huesecillos, necesarios para el fenómeno de la audicion, y ya en fin, como dice Luys, bajo formas várias y sin que el sensorium intervenga, do quiera presente, do quiera activa, acude á perfeccionar el sentido á que está consagrada, favorece su ejercicio, rije el juego de su parte mecánica, destinada á obtener el máximum de efecto sensorial, y se convierte de esta manera en satélite indispensable de las impresiones conscientes. Pero prescindid en Luys del fisiólogo, y examinad sus ideas como psicólogo, y entónces no podréis por ménos de recordar aquel hermoso é instructivo capítulo del *Criterio* de Bálmes, referente á los sabios resucitados; entónces, si no os sometéis ciegamente á los pensamientos de un hombre que, por notable que sea, jamas debemos escucharle como infalible oráculo, os veréis necesariamente arrastrados á lamentar las aberraciones filosóficas del mencionado sabio bajo otros conceptos. Y el motivo por el cual Boileau consideraría la teoría de Descártes acerca de los colores, como una paradoja que chocaría con el sentido comun y tendente á desencantar la naturaleza, sería el mismo que induce á Luys á considerar la filosofía especulativa sin mérito alguno, tanto intrínseco, como extrínseco. Esta aparente

contradicción del ser finito, se explicaría por pertenecer la verdad á órdenes tan diferentes, cuanto lo son las esencias de las cosas; porque la verdad es la misma realidad. ¿Deja, pues, de ser grande Luys, si le negamos en psicología las brillantes dotes que le concedemos para el estudio de las ciencias naturales?

Evidentemente que no. A semejanza de aquel Anaximandro, que fué el primero que aplicó á la astronomía la oblicuidad del zodiaco, y de Anaximeno, inventor de la pnomónica, el autor á que aludo se muestra muy alto en todo lo concerniente á la observación exterior; pero cuando con su sensibilidad, fosforescencia orgánica y automatismo, trata de explicar las operaciones más importantes del *yo*, no hace otra cosa que esforzarse en rehabilitar el tantas veces refutado materialismo, identificando, como todos los adeptos de esta escuela, no sólo nociones diferentes, sino también antitéticas ó contradictorias. De todos modos, la fisiología (á pesar de algunos conceptos erróneos por él emitidos, como v. g. el referente al funcionalismo del cerebelo), la fisiología, digo, le es deudora de la adquisición de verdades casi universalmente aceptadas, y de haber planteado problemas cuya solución más tarde será de gran trascendencia para la ciencia de la vida.

Después de este justo tributo de admiración y respeto al sabio maestro, vamos á ocuparnos de sus ideas fundamentales, acerca de lo que es objeto principal de esta conferencia.

Nadie ignora los curiosos experimentos de Niepce de Saint-Victor, que demuestran que la luz posee una fuerza viva, y en virtud de la cual dicho físico ha llegado por medio de la insolación á reproducir grabados. Así cuando á un grabado se le deja expuesto al sol por mucho tiempo, las partes blancas se saturan en cierto modo de luz, convirtiéndose en focos, en que el movimiento luminoso persiste aún durante mucho tiempo después de terminada la insolación. Según lo que precede, si á estos grabados se les coloca en la oscuridad, en contacto con un papel fotográfico sensible, la fuerza viva acumulada en las partes blancas, se disipará gradualmente, comunicándose el movimiento á los átomos de la sal metálica, que impregna al papel sensible, y obteniendo de este modo una prueba negativa de fidelidad admirable. El grabado en insolación por mucho tiempo, se parece, como dice Laugel, á un mar que continúa ágilado aún después de haber cesado la tempestad.

Refiriéndose Luys á esta importante propiedad de las sustancias inorgánicas, dice que se encuentra también bajo nuevas formas, y

con apariencias apropiadas, pero calcadas y similares, en el estudio de los fenómenos dinámicos de la vida de los elementos nerviosos. Esta propiedad, llamada por Luys fosforescencia orgánica, es, según este autor, el fenómeno más importante de la memoria. En último análisis no es más que la persistencia de las impresiones exteriores; una catalepsia pasajera, y causa esencial de que después de su origen reaparecieran las causas determinantes del fenómeno psíquico.

Es indudable que la transmisión y la impresión nerviosa, tienen cierta duración, y por consiguiente, que tienen explicación satisfactoria, basándose en estos datos, los fenómenos que se refieren á conservar la sensación de un objeto cuando éste ya no impresiona el órgano periférico del sentido, y el de percibir la sensación sólo después, en ciertos casos, de haber desaparecido la causa de la misma. Nadie niega que en virtud de la persistencia de las sensaciones, no vemos un cuerpo opaco dotado de un movimiento tal de traslación, que recorra un espacio igual á su diámetro en ménos tiempo que el de duración de la impresión de la retina.

No hay inconveniente en admitir que á todos estos fenómenos acompañan modificaciones en los elementos nerviosos, y aún que constituyen la condición "sine qua non" de los mismos; pero como veremos más adelante, estos hechos no demuestran de ningún modo que los elementos nerviosos sean el sujeto de las sensaciones. En el sentido, pues, dado más arriba á la fosforescencia orgánica, no tenemos inconveniente en admitirla. Pero ¿conocemos la naturaleza de esas modificaciones nerviosas en general y las del "sensorium commune" en particular?

Lo único que podemos admitir hoy, y aún con cierta reserva, es que á la mayor parte de los fenómenos psíquicos, acompaña un aumento en el movimiento nutritivo de las células del sensorium. Y con efecto, Byasson se ha sometido durante muchos días á un régimen especial; midió exactamente la cantidad de sulfatos y fosfatos ingeridos y excretados, y al cabo de algún tiempo, después de adquiridos estos datos, se dedicó á estudios que exigían gran contracción y observó que á pesar de ser la misma la cantidad de aquellos principios ingeridos, había aumentado considerablemente la cantidad excretada por la orina (1).

Por consiguiente, si nos referimos á la intimidad de la célula, no

(1) Existiría también aumento de otros principios, según muchos fisiólogos, como la urea, colestestina, etc., etc.

estamos autorizados más que para admitir modificado el movimiento nutritivo. Este aumentará ó disminuirá de intensidad, según el mayor ó menor trabajo intelectual. El fenómeno observado en la célula se reduce á una producción mayor ó menor de fuerzas vivas. Habrá diferencia de grado en el fenómeno, pero no de naturaleza. ¿Cómo concebir, pues, tanta variedad de modificaciones, ó mejor tantas especies en el protoplasma, cuantos son los fenómenos psíquicos que la observación interna nos demuestra? Además la actividad funcional exagerada de la célula cerebral, la haga extensiva á todo fenómeno psicológico, cuando es tan difícil apreciar dicha modalidad en la memoria. Pero supongamos que la fosforescencia cambiando los términos, se refiere á la vibración de una circunvolución. En este caso habría que distinguir: ó persistía la vibración después de haber tenido origen, hasta el recuerdo de la cosa que la había determinado, ó desaparecía poco después de la representación, para reaparecer de nuevo en el recuerdo. En el primer caso tendríamos conciencia actual del fenómeno hasta que se extinguiera definitivamente; en el segundo, á lo más habría un conocimiento repetido de la cosa conocida, pero no del reconocimiento de ella, que es acto de diversa especie; ó, más claro: al mismo tiempo que se efectúa la repetición de un acto pasado, sabemos que corresponde á nuestra vida precedente. Otros materialistas sostienen que cada fenómeno de la conciencia deja en el cerebro una huella ó traza, la cual reaparece de nuevo cuando una idea ó representación sensible, análoga á la indicada, determina otra traza relacionada con la primera por cierta afinidad.

En este caso no habría recuerdo propiamente tal, por cuanto para traer un hecho pasado á la conciencia, sería indispensable poner en movimiento todas las modificaciones materiales, y todos los fenómenos intelectuales que habían acompañado á éstas; de modo que todo hecho recordado implicaría á su vez el recuerdo de todos los intermedios. Pero, Sres., examinemos esta cuestión en un terreno más elevado. Hagamos abstracción hasta donde nos sea posible, de toda representación sensible, reflejándonos sobre nosotros mismos; observemos con atención sostenida lo que se sustrae á la visión de las formas. Entonces es cuando el soplo desolante del excepticismo desaparece. Que diga enhorabuena Berkeley que los fenómenos subjetivos no son copia de un original, porque es opuesto á razón y hasta al sentido común hablar de lo primero ignorando lo segundo; que exclame Hume y demás escépticos, que somos un juguete con-

tinuo de ilusiones perpetuas, y en una palabra, que se reduzca todo á fenómenos internos. No importa: el hecho incuestionable de existir en mí algo idéntico entre la distinción, algo constante entre la variedad, algo permanente entre la sucesión de fenómenos que aparecen y desaparecen, me basta.

Este algo me ofrece, pues, en intuición, no de sensaciones, pero sí de sentido íntimo, lo necesario ó indispensable para no sucumbir á los asaltos de la duda universal. Ahora bien: esa identidad del yo, puesta en duda exclusivamente por aquéllos que con fotofobia, digámoslo así, de su conciencia, no pueden resistir este piélago de luz purísima que todo lo inunda, que todo lo invade; esa identidad, digo, es la base fundamental de la memoria; es la condición "sine qua non" del recuerdo. Como esta identidad es una propiedad simple del yo, y no una propiedad de relación, de ahí que no admitida ésta, el espíritu se anonada.

Pero como entonces la identidad no se concibe, queda la memoria sin explicar.

No pudiendo, sin embargo, los evolucionistas, sustraerse de la influencia del sentido íntimo, trataron de conciliar su sistema con la existencia de muchos conceptos, que son la base fundamental del espiritualismo. No aceptamos la *tabula rasa*, dicen los partidarios de esta escuela. Nuestros maravillosos descubrimientos dan vida ó impulso á una idea que, concebida en la extraordinaria inteligencia de Leibnitz, arruinará todas las hipótesis gratuitas, que áun desgraciadamente se imponen á la sociedad. El "nise intellectus" de Leibnitz no está en oposición con nuestra doctrina. ¿No dice Herbert-Spencer:—Si el espíritu después del nacimiento no es más que una receptividad puramente pasiva, ¿por qué un caballo no puede recibir la misma educación que el hombre? ¿Por qué el gato y el perro, sometidos á las mismas experiencias, no llegan á una misma especie de inteligencia? En fin, si antes de toda experiencia el espíritu no es más que una tabla rasa, en la cual nada hay escrito, ¿de dónde le viene la facultad de organizar las experiencias? No somos, pues, empíricos. Si bien no admitimos aquello de Leibnitz, que se refiere á la armonía preestablecida, al optimismo, y aquel juego de palabras, que él llamaba teoría de los indiscernibles, combatiendo al no ménos soñador Espinosa, no obstante lo más interesante de este sistema, que es la admisión de ideas innatas, nosotros lo sostenemos; pero lo hacemos basándonos en hechos cuya originalidad en demostrar nos pertenece.

A primera vista parecerá diferir esencialmente esta escuela del antiguo empirismo; pero examinada detenidamente no es más que su reaparición adicionada con datos indudablemente de gran mérito, pero erróneamente aplicados. Resumiendo las ideas fundamentales de esta escuela, especialmente en lo que se refiere á nuestro objeto, son las siguientes: Si bien se admiten ideas innatas en el individuo, no sucede así en la especie. Ésta es la que, merced á sus experiencias, adquiere ideas que trasmite por herencia á los individuos. Lo mismo el instinto que las nociones y los principios, tienen su origen en las experiencias acumuladas. El sentir, pensar, querer, recordar, no pertenece á una entidad distinta de la materia. Estas facultades se desarrollan con las múltiples manifestaciones de la materia en el tiempo y el espacio.

Lo subjetivo, pues, rigurosamente hablando, no es innato. La lógica obliga á la escuela evolucionista á admitir que la célula cerebral contiene virtualmente modificaciones que corresponden á fases retrospectivas del desarrollo de las generaciones precedentes. Así como existe una gerarquía en los elementos celulares que presiden á la acción refleja, según nos demuestra la ley de Pfúger, del mismo modo en los actos psíquicos, es natural suponer una disposición análoga. En este caso las distintas sensaciones, percibidas simultáneamente, dependerían de modificaciones especiales, en centros sensoriales dispuestos al efecto.

Pero estos centros en igual número que las sensaciones percibidas, se encuentran en relación con otro, cuyos cambios en la posición respectiva de los elementos que lo constituyen, engendran la comparación entre aquellas sensaciones y dan origen á todos los fenómenos atribuidos por el espiritualismo al alma.

Según lo que acabamos de indicar, la base de la memoria es atribuida por el evolucionismo á modificaciones en un centro (hipotético), ya éstas tengan lugar durante la vida del individuo, ya surjan por herencia de las generaciones anteriores. Ahora bien: los argumentos fundamentales que hemos opuesto á la fosforescencia orgánica ¿no son también aplicables en este caso? Ese centro hipotético con fosforescencia, reviviscencia ó memoria, inteligencia, etc., ¿posee las condiciones fundamentales para estas diversas operaciones? ¿En dónde tenemos la identidad, sin la cual no cabe mayor absurdo que hablar de la memoria? Si acudís al subterfugio de decir que ignoramos la esencia de la materia en general y la de los centros nerviosos en particular, os replicaremos, sosteniendo que no es ne-

cesario dicho conocimiento; que basta que conozcamos algunos de los caracteres de la misma que esté en oposición con el atributo que le queréis conceder. Pues bien: ese carácter que implica contradicción con la memoria de un modo mediato, y con la identidad del yo de un modo inmediato, lo conocemos: es la multiplicidad y la continuidad, es la extensión.

Y como última observación, habría tantos seres que fueran la contradicción, como partes en que pudiera dividirse la materia. Acúdase á todas las reflexiones imaginables, y jamás se podrá conciliar la existencia de la memoria con la no admisión del alma. Dígase que basta la ley de la asociación. Aun dado, y no concedido, que así sea, la misma ley de asociación implica la reunión de dos sensaciones ó ideas en la conciencia. Esta reunión no se explica por la mera sucesión ó simultaneidad. Es preciso un lazo, un principio de síntesis. El "cogito; ergo sum" de Descartes, jamás nos abandona. ¿Será cierto, como pretenden otros positivistas, que las cosas percibidas no dejan especie ni huella alguna en el cerebro, pero que el ánimo las reconoce como tales luego que las percibe otra vez? Prescindiendo de la vaguedad que implica en esta hipótesis la palabra *ánimo*, contestaremos diciendo que es falsa dicha doctrina, por cuanto supone que de la repetición de una percepción, puede resultar el reconocimiento de ser una misma la cosa percibida en tiempos diferentes. La repetición de un acto, es indudable que lo facilita y perfecciona; pero no muda su respectiva especie. Ya dijo Bichat que el hábito perfecciona el juicio. La memoria contiene en determinados casos cierta manera de raciocinio con que pasa el alma de cosas particulares que recuerda, al recuerdo de otras. Este acto de la memoria exige, pues, el concurso de la inteligencia y de la voluntad. Es la memoria más perfecta.

Pretender, pues, explicar esta memoria haciendo abstracción del espíritu, equivale á conceder á la materia, no sólo conciencia subjetiva y representativa, sino también inteligencia y voluntad.

Vamos ahora á exponer algunos hechos importantísimos, citados por los materialistas en apoyo de su escuela. — Mesnet ha referido una observación muy interesante relativa á un militar que había recibido un balazo en la cabeza, y que fué acometido á consecuencia de esto, de accidentes extraños. El sensorium de este individuo se hallaba, al parecer, cerrado á las impresiones exteriores. De un modo más ó ménos súbito dejaba de estar en relación con el mundo exterior, y en este estado, si se trataba de dirigir sus movi-

mientos en determinado sentido, se realizaba fatalmente el proceso en las redcillas indispensables para la actividad automática. Cuando se le ponía en la mano el bastón, su contacto despertaba el movimiento del fusil, y entonces tomaba la posición del combatiente; si se reemplazaba el fusil por una pluma, se producían en él movimientos inconscientes y maquinales, para trazar caracteres gráficos.

Legrand de Saulle ha referido el caso de un sonámbulo, cordelero de oficio, que cuando estaba hilando y era atacado de un acceso, continuaba la operación aun dormido.

Luis tuvo á su servicio una enferma, que había estado en la Salpêtrière de sirvienta para planchar la ropa blanca y enrollar las vendas. Habiendo quedado ciega, dice Luis, y perlesfaca en los últimos años de su vida, ofrecía las siguientes particularidades. Si se colocaba entre sus dedos una venda desarrollada, inmediatamente, sin saber lo que hacía, comenzaba á operar movimientos de enrollado, como si fuera un aparato mecánico de engranaje.

En todos estos casos es de suponer la persistencia de las modificaciones primitivas, ó mejor, la fosforescencia en el sentido que ya hemos explicado. Y en virtud de esta propiedad de los elementos nerviosos, surjirían aquellos movimientos automáticos. No existe, pues, memoria propiamente tal; porque la memoria automática, como dice Spencer, pierde este nombre, y toma el de hábito. Sin necesidad de buscar casos patológicos, podemos, refiriéndonos á los actos más comunes de la vida, encontrar la indebidamente llamada memoria automática. Así, en la lectura, gimnasia, marcha, baile, etc., desaparece el recuerdo propiamente tal; el hábito es el que rige los diversos movimientos necesarios para aquellos actos.

Estos hechos no entran, pues, en el estudio de la memoria, y por consiguiente, no tratamos más que de indicarlos para evitar confusiones. En el estudio de los fenómenos conscientes é inconscientes, es donde dos hipótesis más ó ménos aceptables tratan de dar razón ó explicar el mecanismo de su producción.

Otras consideraciones se exponen por parte de la escuela materialista; pero la que siempre viene repitiéndose desde Lucrecio hasta nuestros días, es la que se refiere al paralelismo entre el funcionalismo regular del cuerpo, y la integridad de las facultades psíquicas.

En cuanto á la memoria, es cierto, según la mayor parte de los histólogos, que tiene mucha relación con el estado de las cé-

lulas del sensorium. Así, en el período de la vida en que dicha facultad se nos ofrece en su grado máximo, aquellos elementos anatómicos se presentan grises, transparentes. Pero, á medida que la edad avanza, las células van modificando su estructura, hasta que en la senectud se arrugan, dejan de ser transparentes, y se saturan más ó ménos de sustancias gránulo-grasientas, coincidiendo con estos diversos estados celulares la extinción gradual de la memoria.

De estos hechos deducen los materialistas que la materia es el sujeto de todas las facultades que hemos asignado al espíritu. Lo fátíl de este argumento salta á la vista. Suponiendo ciertos los hechos expuestos, lo que se probaría con ellos sería que á la memoria acompañan modificaciones materiales; pero de esto á hacer sujeto de aquella facultad á la célula nerviosa, media un abismo, que no es posible salvar. No es lo mismo ser una cosa indispensable para otra, que ser sujeto de la misma. El aire es necesario para la audición, la luz para la visión, y de esto ¿hemos de deducir que el aire y la luz son el sujeto de la sensación?

La estética trascendental nos enseña que las sensaciones, como el color, olor, etc., se refieren á los objetos exteriores, no como copias á originales, sino como efectos á causas, y que lo único que filosóficamente hablando, podemos objetivar del mundo corpóreo es la multiplicidad y la continuidad que constituye la extensión. Ahora bien: lo que me rodea es indispensable para que experimente determinadas sensaciones: ¿deduciré de aquí que la continuidad de esto que me rodea es el sujeto de lo que yo siento ó experimento?

Resumiendo las razones fundamentales en que nos estribamos para negar que el materialismo explique el fenómeno de la memoria, podemos reducirlas á las siguientes:

- 1.º El materialismo no explica la identidad del yo, base fundamental de la memoria.
- 2.º Identifica la repetición de la percepción, con su reconocimiento, que es acto de diversa especie.
- 3.º Confunde el principio de actividad, con un resultado necesario de la experiencia.
- 4.º La misma ley de asociación es inexplicable con esta doctrina.
- 5.º No hace distinción entre el sujeto que experimenta las sensaciones y las condiciones á que por su naturaleza se halla sometido en la experiencia.
- 6.º Y por último; lo desechamos también por las consecuencias que surgen de su admisión.

Estas últimas, Sres., debemos examinarlas, porque son la legitimación de todas las maldades, su apoteosis más cumplida. Esas nociones de bien y mal, virtud, vicio, deber, derecho, no son más en este sia-

tema funesto, que palabras, que sólo por negro calculo debemos fingir respetar. El execrable Hobbes era lógico cuando al preguntarle Lord Clarendon cuál era el motivo que le obligaba á publicar sus doctrinas utilitarias y por consiguiente inmorales, le contestaba, medio serio, medio en chanza: "La verdad es que deseo vivamente volver á Inglaterra". Claro está: legitimando el despotismo de Cromwel podía volver á gozar á Inglaterra á costa de la moral y de la justicia.

Es necesario ofrecer á los ojos de la humanidad este pernicioso sistema, tal cual es, sin omitir nada de su aspecto horrible.

Podíamos aplicar al materialismo este canto de Homero, dirijiéndonos á los filósofos: "Echaos sobre Proteo, decía la diosa Idhothea á Menelao y sus compañeros; cogedle, y á pesar de todos sus esfuerzos para escaparos, no le soltéis, continuad estrechándole fuertemente. Todo lo imitará: agua, fuego, reptil, tomará todas las formas; pero apretadle más, redoblad sus ligaduras. Cuando haya vuelto á ser lo que era, suspended vuestros esfuerzos y dadle libertad". Así es, Sres., el materialismo; siempre ha sido lo que es hoy, á pesar de sus transformaciones: la negacion de Dios, y por consiguiente, de la moral.

He dicho.

Discurso de apertura

AL INAUGURAR LAS VELADAS LITERARIAS EN EL ATENEO DEL URUGUAY

POR EL DOCTOR DON ALBERTO PALOMEQUE

Señoras y señores:

Una práctica constante obliga á la presidencia á abrir el acto de la Conferencia Literaria que hoy se celebra bajo el título modesto de "Velada".

Siendo, pues, ésta una de las obligaciones de la presidencia, cumple declarando inaugurada la primer Velada Literaria.

Aquí debiera concluir si fuera á juzgar mi discurso por las bellezas literarias que pronto se pasearán por este recinto, extasiando la imaginacion del auditorio; pero la dura ley de la presidencia me impone tambien la obligacion de dar á conocer, aunque succinctamente, el fin y el objeto que este centro científico se propone al haber organizado estos torneos de la inteligencia en el campo ameno de la literatura.

Careciendo de las dotes oratorias indispensables, paso á llenar mi mision, á riesgo seguro de arrebatár á esta presidencia el lustre que recibía en momentos como el actual, cuando desde ella se solía oír la inspirada palabra de ciudadanos como Anselmo Dupont, Enrique Azarola, Pablo De-María, Juan Gil, Carlos M. de Pena y Eduardo Acevedo Díaz.

En nuestra naciente sociedad abundan los amantes de la literatura, y ésta tiene una mision altamente civilizadora: suaviza las pasiones y domina de tal manera los espíritus, que de seres completamente indiferentes á las letras, produce ciudadanos que luego se destacan en el horizonte de la ciencia para honra y prez de la patria que ilustran con sus brillantes producciones.

Estas veladas literarias llenan ese fin altamente humano y pacificador, y el *Ateneo del Uruguay*, al inaugurarlas, no sólo ha tenido en vista esta circunstancia, sino también ha aspirado y aspira á dar en ella la participación legítima que le corresponde á la mujer en el desenvolvimiento de las fuerzas latentes de nuestra sociedad.

En efecto: hoy que el amor á las letras, y aún de las artes, se ha despertado en el espíritu de la mujer, no se explica plausiblemente por qué ésta no concurre con la asiduidad que el hombre á las conferencias científicas que se celebran en este centro, como lo prueban elocuentemente las dos últimas sesiones celebradas en este recinto.

No obstante, á una tertulia literaria como la presente, y como las que se celebran en otros centros científicos, concurre la familia con una asiduidad é interés tales, que contrastan con la indiferencia notable tratándose de conferencias científicas.

¿Será que la mujer ama más la literatura, por estar en relación directa con su sensibilidad esquisita, ó esta causa es lejana, existiendo otras de mayor importancia?

Creemos que, sin dejar de concurrir aquélla, en gran parte coadyuva á ese resultado la indiferencia del jefe de la familia, socio del Ateneo, é interesado, por lo tanto, en el mayor lucimiento de los torneos de la inteligencia preparados por los oradores de esta asociación.

Lo prueban las sesiones públicas que celebra la Inspección Nacional de Educación, á las que concurren un buen número de señoras y señoritas, tomando participación en los debates, y siguiendo con avidez é interés crecientes cuanto allí se expone respecto á la materia de la educación.

Sin embargo, nadie podrá afirmar que hay literatura sentimental ó romanticismo exagerado en las discusiones que allí se promueven, como lo prueban los temas siguientes: *Disciplina escolar—Cómo debe enseñarse la gramática—Á qué horas debe darse la clase de lectura*, etc., etc.

Este hecho demuestra que no es sólo el sentimiento esquisito y delicado de la mujer el que debe tenerse presente, y que hay en ella una materia tan semejante á la del hombre, que suele, á veces, servir mejor y con más pertinacia á la causa del bien social.

Allí se ha despertado en la mujer ese sentimiento que estaba amortiguado — el de la enseñanza pública — y abriéndole nuevos horizontes, la ha elevado á la región del saber, do ella, hoy, sin nuevo Mentor, ejercita sus fuerzas en beneficio de la sociedad en que vive.

Se necesitó, es cierto, un esfuerzo gigantesco, que venía apoyado en el esfuerzo continuo de nuestras generaciones anteriores; mas lo cierto es que de esa lucha constante ha surgido esta gran verdad: la mujer sirve tanto ó más que el hombre con el desarrollo de sus fuerzas intelectuales y morales, por los resultados que de él se desprenden para la sociedad.

Ese fenómeno que se produce allí, ¿por qué no se observa en las instituciones populares? ¿por qué la mujer ha de demostrar su interés solamente por el adelanto de este centro científico cuando se trata de Conferencias Literarias? ¿por qué se concurre al Teatro cuando se organiza una Conferencia Literaria, y no cuando se abren las puertas del Ateneo para discutir sobre los fundamentos de la sociedad?

¿Acaso no está interesada la mujer en saber si la ciencia filosófica sostenida por tal ó cual escuela, es la conveniente para la educación de sus hijos? No se recuerda que la filosofía fué, sino la única, una de las principales causas que coadyuvaron á la caída del poder de la victoriosa Roma, comenzando por pervertir las costumbres del hogar?

La mujer, como hija, como esposa y como madre, ¿no está interesada en conocer las leyes que presiden el orden social, para en el seno del hogar predicar la buena doctrina entre sus *dominados ó súbditos*, á fin de que ellos mañana, en la vida pública, puedan ejercer una influencia benéfica en favor de la patria cuyos destinos dirijan?

Ah! no hay que olvidar que el hogar es nuestra primera escuela, y que en él recibimos nuestras primeras impresiones; que los ejemplos de nuestras madres, esposas y hermanas ejercerán, de esta manera, una gran y trascendental influencia en la vida pública, y que en el seno del hogar la mujer debe mostrarse diplomática y sutil, con una lógica que convenza, sin herir, huyendo del personalismo que corroe á las sociedades, á fin de enseñar al hombre las primeras lecciones que debe aplicar en la vida práctica.

Esta lójica, esta diplomacia, esta falta de personalismo para convencer á los *súbditos* del hogar, influyendo así de una manera decisiva en el destino de la sociedad, tambien se adquieren, y quizá con mejores resultados, concurriendo á las discusiones científicas, tomando parte en ellas, templando el espíritu al calor de la polémica razonada, porque es en ellas donde llegamos á convencernos que nada somos sin esa ciencia que hoy, en sus últimos adelantos, ha llegado hasta probarnos cómo se puede destruir el poder material con sólo el poder de la idea, cuando un pueblo, inspirándose en las altas exigencias del patriotismo, que á nadie excluye, que rehuye la personalidad, levanta la bandera simpática en el seno de una sociedad desmembrada por sus males y próxima á volver al abismo: á nadie pedir su partida de bautismo para la defensa de la buena causa.

¿No se habrá heredado de las madres, tan exajeradamente *patriotas*, ese exceso de personalismo que en dosis, ni siquiera infinitesimales, sino en cantidades crecidas, se introduce en las discusiones parlamentarias, periodísticas y forenses?

Si la mujer se hubiera educado en la escuela de la discusión tranquila y pacífica, sin mezclarse en esas luchas que han afligido dolorosamente á la sociedad, retardando así su desarrollo y el cumplimiento de sus fines morales y políticos, ¿no es indudable que sus hijos, inspirados en ese espíritu de templanza, moderación y amor, hubieran llevado al seno de las discusiones políticas esa buena dosis de afectos cariñosos que apacigua las tormentas de la vida democrática, dando ejemplo de sensatez y cordura?

Pero, el jefe de la familia tiene una grave responsabilidad en ese malestar, hoy que los centros científicos abren sus puertas para que públicamente se discutan las opiniones modernas sobre el fundamento de la sociedad, sobre todo cuando se nota el afán con que se concurre á los teatros y la indiferencia con que se miran las luchas del pensamiento, cuando ellas son *secas y descarnadas*.

No se crea que rechazamos esos centros de pasatiempo y solaz para el espíritu cansado de las fatigas del día: creemos, sí, que pueden conciliarse las exigencias del espíritu estudioso con las de la distracción amena y fugaz.

Es indiscutible la influencia que la mujer ejerce en el ánimo de los que viven á su alrededor, cuando para ello sabe hacer uso de las *armas legales*, diremos así, sin irritar los espíritus; y desde luego ¿no sufre ella, á su vez, las consecuencias de los males que asedian á los que nacen á la vida teniendo por único Mentor su sabiduría y su prudencia?

Sí! pues bien: comience por asistir á las conferencias científicas, por indagar y conocer las causas de los males sociales; y entonces, al regresar al hogar, con su espíritu nutrido de una idea nueva, se reconocerá otro sér, porque á su naturaleza sensible por excelencia habrá reunido otro elemento hasta entonces desconocido — la fuerza de la ciencia — llevando en su cerebro, como ese vapor de *doble casco* inventado para evitar el mareo á los pasajeros, — la doble coraza del sentimiento y del saber, del corazón y la cabeza, — para evitar el mareo de que suela apoderarse el espíritu de algunos de los miembros de su familia, simpáticos á su corazón, en las luchas ardientes de la vida democrática, cuando se trata de una sociedad naciente, donde todo hay que organizarlo ó reformarlo.

De esa manera empezará á enseñar á sus *súbditos* que en este reino vale mucho la posesión de un gran carácter; que la austeridad no es la intransigencia; que la energía no es la crueldad, ni excluye la bondad; que la historia es el gran ejemplo de nuestras generaciones presentes; que no hay más reinado en este mundo, que el de la ley, cuando ella se aplica sin severidad y sin hacer lujo de barbarie; que los triunfos de la razón sólo se obtienen sin cruentos dolores, cuando los argumentos se visten del ropaje de la verdad impersonal, para que brille la idea con toda su prístina lozanía, demostrando entonces á los pueblos cómo, por la posesión de la ciencia, la mujer puede rejenerar la sociedad, y realizándose la fantasía, en el mundo de la moral y de las concepciones inmateriales, de la palanca que tanto solicitaba un astrónomo para levantar el hemisferio terrestre.

Como un medio para despertar ese estímulo, el *Ateneo del Uruguay* inicia hoy las *Veladas Literarias*.

Comienza por lo más ameno, por lo que está en relación con las costumbres sociales, y espera que pronto la tribuna de este centro se verá honrada por el sexo femenino, ya sea para leer alguna producción hija de su ingenio ó de algún otro ilustrado literato del país ó del extranjero.

Más tarde, la frecuencia de esa tarea, el amor al estudio y la amabilidad de los que á estas tertulias acuden, harán lo demás, y las *Conferencias Científicas*, que ya se han inaugurado, se verán honradas á su vez, para no oír ya el timbre de voz del lector ó del artista sentimental, sino la voz serena, grave y acompasada del que, fuerte en sus convicciones científicas, viene á arrojar en el seno del pueblo que le escucha, las semillas que si hoy no fructifican será porque el terreno no estará bien preparado por el arado de la inteligencia ó ilustración.

Quedan inauguradas las *Tertulias Literarias*.

Palabras de clausura

DE LA PRIMERA VELADA LITERARIA

POR EL DOCTOR DON ANACLETO DUFORT Y ÁLVAREZ

Señoras y señores:

Fuera de los muros de este recinto, la noche, oscura y fría, se envuelve en su manto de sombras. Quizas nubes tenebrosas niegan á los ojos, ávidos de luz, hasta el pálido fulgor de las estrellas. Fuera de estos muros, tal vez almas más negras que la noche, se revuelven en el lecho de las torpes ambiciones, sueñan con la degradación de la patria, é impelidas por las frías manos del vértigo, ruedan hacia el abismo del crimen.

¡Dichosos de nosotros que, dentro de estos muros, hemos visto por un instante surgir en palabras de fuego las luces internas del espíritu, inundándonos con las claridades de la belleza!

Sea para nosotros esta primer velada literaria del Ateneo del Uruguay, que voy á dar por terminada, un momento de tregua á los patrióticos dolores, un rayo de celeste esperanza en la noche del crimen.

Sea yo, á mi vez, en el concierto que deleitó nuestro oído y suspendió nuestro ánimo, la nota oscura y vaga, que va á morir en los ecos cuando ya ha cesado la armonía.

. , .
.

“ La literatura, — me escribía una vez mi amigo el doctor don Eduardo Acevedo y Díaz, — la literatura es una isla encantada, bañada de luz perpetua, á cuyas playas de arenas de oro se llega en el esquife del ideal; Atlántida cubierta de florestas vírgenes, no violadas por los cánticos de Calipso, y do moran los guardianes alados de la pureza, sin que crucen sus cielos tachonados por los

topacios y brillantes de la estética, nubes de recuerdos que evocan el llanto. En sus fuentes de gotas centelleantes se retratan las almas de los que saben sentir y soñar; y después vienen los ángeles á contemplar aquellas almas retratadas por la cámara iluminada del sentimiento en el cristal de las fuentes. Harto venturosos son los que logran dejar allí la imagen de su alma!"

Más de uno, en la velada que fenecía, ha hecho caer sobre nosotros, perfumando el ambiente, lluvia de flores arrancadas de los encantados jardines de su alma; más de uno nos ha llevado en el esquife del ideal á las playas de la literatura, esa isla encantada bañada de luz perpetua.

Veán los que odian á la brillante juventud del Ateneo, que pretenden ahogarla en sus mortales brazos, veán cómo ésta, semejante á Júpiter, se deshace en lluvia de oro.

Sea ésa, por ahora, su venganza.

En los tiempos de la antigua Grecia, tan brillante como fecunda, los Siracusanos degollaban sin piedad á los Atenienses prisioneros en la guerra de Sicilia; mas al oírlos declamar versos de Eurípides, rompieron sus cadenas, diéronles hospitalidad, y por último, los enviaron libres á su patria. El odio y la envidia querían destruir á Atenas; con feroz ó insultante propósito asistían los vencedores á la representación de una tragedia de Eurípides; mas al volverse el coro hacia Electra, diciéndole: *Hija de Agamemnon, nosotros venimos á tu humilde y desolada cabaña*, todos compararon tamañas miserias con las de Atenas, lloraron y la perdonaron.

Esto que narra Jenofonte (1), es aplicable á nuestra patria infeliz.

Yo no sé si nuestros opresores serán más duros ó implacables que los Siracusanos, si sienten más envidia y más odio, si son más feroces que los vencedores de los Atenienses; pero sé cuánto puede influir la literatura en los destinos de un pueblo, ya como Orfeo enterneciendo y domesticando á las fieras bravías, ya como Tirteo infundiendo bélico ardor, ya luz que alumbró ó rayo que fulminó!

Concebid el mundo sin la inteligencia, y el mundo es un caos; concebid la armonía de la creación, sin el rosado prisma de la literatura, y el universo, como dice Bálmes, es un hermoso cuadro ante la helada pupila de un difunto.

(1) *Helen*, VII, cit. por Cauté.

La literatura, el concepto ideal de la belleza, no siempre se halla en la realidad del presente: es la historia de las perpetuas ansias que á Bécquer le revelaban algo divino dentro de su alma.

Hay un cuento de Andersen cuya lectura me ha impresionado tanto que siempre lo recuerdo con placer. *El pato feo* se titula, y es la historia de los sufrimientos de uno que, desde que rompió la cáscara, fué despreciado, perseguido y picoteado por los otros á causa de su fealdad. Solo y peregrino, devoraba en silencio sus amargas y frecuentes desencantos. Pero cuando veía á ciertas aves remontar su vuelo, secretos impulsos, ansias de volar, extraños presentimientos poblaban de áureos sueños la amarga realidad de su vida. Un día, bandada de elegantes cisnes cruza ante su vista batiendo con sus alas el aire azul, y descendiendo en bulliosa cascada á una próxima laguna. Nuestro pato siente renovarse con más vehemencia sus desconocidas ansias, y por un movimiento instintivo sacude sus alas y se ve con sorpresa hendiendo los aires con seguro y rápido vuelo, y al descender á las aguas y bajar la cabeza para recibir la muerte que creía merecer por su osadía, ve con asombro retratarse en la linfa su gallarda figura. No era un pato: era un cisne también!

Ahora digo: ¿cuántos hay que, á semejanza del pato, viven oscuros y despreciados por ignorar la verdadera esencia de su sér? ¿Cuántas almas, sin saberlo llenas de poesía, no esperan más que ver cruzar ante su vista la brillante falanje de los poetas, esos cisnes de la literatura, para remontar su vuelo por el espacio azul, y con ellos bañarse en las tranquilas aguas del ideal?

Provocar esas revelaciones, despertar y estimular el gusto literario, tal es, señoras y señores, el patriótico alcance de las veladas literarias que se inician con ésta que me cabe la honra de declarar cerrada.

He dicho.

Sr. D. Isidro Revert, Administrador de LOS ANALES DEL ATENEO:

Accediendo á los deseos de la Comision Directora del periódico, y para contribuir de algun modo á la realizacion de los laudables propósitos á que responde el mismo, me creo en el deber de corresponder á la distincion que de mí se ha hecho.

Envío el trabajo tal como andaba por los armarios.

No me he detenido á corregir los errores en que incurrí, porque tanto valdría como hacerlo de nuevo, para lo cual me falta tiempo, aunque me sobre voluntad.

Tambien se notará que no he seguido ningun órden científico en la enumeracion de épocas geológicas. No era mi mente, ni entraba como necesaria en mi plan la enumeracion de esas épocas.

De entónces acá, todos hemos adelantado lo bastante para encontrar graves defectos en el trabajo que remito, y para excusar esas imperfecciones de concepto y de estilo.

Haciendo votos por el buen éxito de la publicacion que se proyecta, saludo á Vd. atentamente, pidiéndole que publique estas líneas por via de *nota* en la primera página de la Conferencia adjunta.

CÁRLOS MARÍA DE PENA.

Montevideo, Agosto 30 de 1881.

Ecós de una gran contienda

LOS NATURALISTAS Y LOS PRINCIPIOS MORALES

POR EL DOCTOR D. CÁRLOS M. DE PENA

I

Señores:

Hace muy pocos dias celebráramos en este mismo recinto un doble aniversario: la fundacion del Club Universitario en 1868, cuando éramos un solo grupo, y la fundacion del Ateneo, cuando los grupos dispersos que trabajaban aisladamente en los vários dominios de la ciencia y la literatura, se reunieron y fraternizaron en un mismo hogar y en él agruparon sus antorchas para concentrar los rayos de la verdad y difundirla con más fuerza desde esta tribuna popular.

Me propuse hablar entónces al distinguido auditorio que honró con su presencia al Ateneo, de esta gran contienda que agita á todos los espíritus ilustrados, que comienza á conmover las multitudes y que por más que apartemos de ella la mirada y queramos olvidarla ó retardarla, penetra cada dia en nuestros cerebros, conturba nuestro corazon, al propio tiempo que nos maravilla y nos deslumbra, nos seduce y nos atrae con sus portentosos descubrimientos.

Especie de tormenta engendrada en las más altas cimas de la ciencia, cuyos estruendos han llegado ya hasta la multitud que bajo el yugo de la ruda labor de cada dia, ávida de luz y sedienta de verdad, hormiguea sobresaltada en las hondonadas del valle y tiende la mirada buscando al traves de las nubes y á la claridad del relámpago la luz de los cielos que parece faltarle.

Quería yo decir en esa noche (y lo hubiera hecho á no ser lo avanzado de la hora y el cansancio del auditorio); quería decir que los ecos de esa gran contienda han llegado hasta este recinto;

que agitan poderosamente nuestro espíritu, nos provocan y nos obligan á nuevas investigaciones y conmueven hasta sus cimientos el templo donde se asilan nuestras antiguas deidades.

Quería en esa noche dar testimonio de que el Ateneo no ha podido permanecer extraño é indiferente á esa lucha eterna del espíritu humano, que se esfuerza en los diversos dominios de la ciencia por arrebatár á la naturaleza sus maravillosos tesoros, la clave de sus misterios y el secreto de sus altísimos designios.

Estas contiendas han obligado á eminentes pensadores, á aquellos que se habían mantenido siempre en los dominios celestes del alma, á bajar al gabinete del físico, al laboratorio del químico; han tenido que acompañar al botánico en sus solitarias excursiones; han tenido que penetrar en el anfiteatro del anatómico y del fisiólogo; se han visto obligados á seguir por algun tiempo al geólogo al través de galerías subterráneas, removiendo guijarros, desmenuzando pedruscos, recomponiendo esqueletos; han subido á los observatorios del astrónomo y se han encerrado también con el zoólogo en los museos, los parques y jardines zoológicos, verdaderas arcas de Noé donde la mano del hombre ha atesorado ejemplares de todas las especies vivientes y de las pasadas.

Se ha visto á los filósofos modernos volver como humildes estudiantes á los bancos de las grandes escuelas y academias consagradas al cultivo de las ciencias naturales, y salir de esas escuelas, los unos dominados por el vértigo de la duda, lanzando siniestras profecías; los otros, confirmados en los viejos dogmas y más firmes en ellos que nunca lo estuvieron; éstos, vacilantes y pesados; aquéllos, deslumbrados, entusiastas, provocativos y batalladores, como dominados por el delirio de transformarlo y metamorfosearlo todo, pretendiendo someter el pensamiento y sus creaciones á los mismos procedimientos de la materia en sus laboratorios, gabinetes y anfiteatros.

Quería demostrar en esa noche que la juventud del Ateneo sigue, en cuanto sus recursos actuales y los sinsabores de la hora presente se lo permiten, sigue las interesantes peripecias de esa lucha y recoge sus grandes enseñanzas.

Hé ahí explicada mi presencia en la tribuna.

No haré otra cosa que suministraros el extracto de mis últimas lecturas en tres ó cuatro obras que he podido tener á mano.

¿Qué va á suceder? nos preguntamos.

La humilde mata de yerba que hollamos con los piés, un insecto, una planta, un grano de arena, un sér casi imperceptible, son llamados en el gabinete del sabio á dar testimonio de los anales del mundo, de las inmensas revoluciones del planeta.

El naturalista interroga á los séres infinitamente pequeños que pueblan el ambiente, que se asilan entre las capas de la tierra ó que han sido sepultados en las entrañas de las rocas, como testigos de las edades pasadas.

La más pequeña de las criaturas, el más ínfimo de los séres, da márgen hoy á cuestiones inmensas é imprevistas entre esa falange inquieta que intenta removerlo y transformarlo todo, lo físico como lo moral, á impulso de nuevas leyes descubiertas y de grandiosas y atrayentes hipótesis.

Las ciencias naturales han venido á revelarnos que un pasado inconmensurable de miles y miles de siglos se abre delante de nosotros.

Algunos naturalistas nos presentaron el globo sacudido por horribles convulsiones y tremendos cataclismos. A cada catástrofe periódica correspondía un inmenso osario de séres orgánicos. Cada revolucion periódica traía aparejado el esterminio completo del mundo animal y vegetal existente á la sazón, y nuevos séres y nuevas formas aparecían despues, que á su vez iban sepultándose en esta inmensa necrópolis de la tierra.

A este concepto agregóse el de las apariciones súbitas de nuevos organismos, pertenecientes á especies que habían sido influenciadas por mil accidentes y circunstancias, de modo que, en determinado período geológico, armonizaran con la economía de la naturaleza á cuyo seno eran lanzadas. De un número reducido de estructuras salieron tipos variados; de éstos, otros, y así sucesivamente, por un sistema "de encarnaciones muy originales del pensamiento del Creador" que, como ha dicho un naturalista, "iba sucesivamente cansándose de sus ocios por algunos miles de años, creando y destruyendo á su antojo como un arquitecto chapucero que no acierta con el plan y equivoca siempre los materiales."

Si ha de prestarse fe á la teoría mecánica, nuestro globo era en un principio una masa gaseosa incandescente de una temperatura superior á nuestros cálculos. Sometida á movimientos de rotación y traslación, fué enfriándose paulatinamente: las regiones frías del espacio le arrebataron por grados el calor inmenso que despedía de sus órbitas radiantes.

Al aire atmosférico de aquellos tiempos se unían enormes masas de vapores de agua, inmensas cantidades de materias minerales, metálicas ó terrosas, reducidas al estado de gases. — Empezaron los gases á condensarse y solidificarse por el enfriamiento ó bruscas diferencias de temperatura. Revulsiones horribles ó lentas ebulliciones han desgarrado ó transformado lentamente las entrañas del planeta, y han trastornado, superpuesto y confundido sus zonas incandescentes.

Inadecuado para la vida orgánica, impenetrable á los rayos del sol, trazaba nuestro globo al traves de los espacios su curva gigantesca. Una espesa bruma de vapores circundaba á la tierra, como inmensa auréola. Ni plantas, ni animales sobre esa tierra silenciosa, en medio de las sombras.

¿Quién osaría pintar, dice un naturalista, los estremecimientos horrorosos de las épocas primitivas y las grandiosas *formaciones* del reino mineral, elaboradas con la lentitud de los siglos por la accion de las aguas, por la del fuego subterráneo, por al enfriamiento, por la cristalización lentísima combinada con la accion de los gases volcánicos?

.....

“ En el principio se extendía la mar de las primeras edades, y la tierra estaba en parte oculta debajo de sus olas. Debajo de las aguas se forma una vegetacion marina; millonadas de seres microscópicos echan los primeros cimientos de la naturaleza viva... Ningun sér había probado á vivir en la tierra, que faltaba casi por todas partes; ningun testigo había levantado aún la cabeza por encima del mar *silúrico*.”

Inmensos océanos tibios con sus guirnaldas de vapores, al traves de las cuales, como gigantes de la noche, comenzaban á levantar lentamente sus calvas frentes las mas altas montañas, sumergidas hasta entónces en el fondo de los mares, edificadas en los abismos por millares y millares de millones de seres microscópicos, musgos vivos, corales, briozoos que con sus conchas y sus envolturas casi impalpables han sido los precursores de la naturaleza viva, los obreros constructores de las rocas del planeta, “artífices del abismo que levantaron los sillares vegetales y animales de los mundos venideros.”

Las playas comienzan á asomar entre los bajíos; mares que se

dilatan ó se retiran, coronados de innúmeras algas, de multitud de plantas marinas que las tempestades ó las corrientes seculares arrojan acá y acullá como para preparar el légamo de los continentes futuros.

Islas que se interponen, cubiertas de una vegetacion exuberante; istmos que se juntan ó desaparecen, pequeños continentes que se reunen ó se separan, cubiertos de un tupido follage y de selvas de caprichosas formas, de helechos gigantes sacudidos por las tempestades, ó sepultados despues paulatinamente los unos sobre los otros por la accion de las corrientes, por los aluviones, por la lava de los volcanes.

Los gérmenes de la vida vegetal y animal habían sido lanzados al seno de los océanos tibios del período silúrico. Producense despues transformaciones ora lentas, ora súbitas. Las grandes masas calcáreas se consolidan, las tempestades y las erupciones ígneas transformaron los continentes que empezaban á asomar y removieron hasta el fondo los mares agitados. Recobran los elementos su antigua calma engendradora y depositan lentamente en nuevas islas y nuevos bancos los despojos de viejos séres y los gérmenes de otros nuevos.

El movimiento y la vida habían penetrado por todas partes: peces y reptiles de enormes dimensiones poblaban las aguas y los continentes; séres extraordinarios y monstruosos que se devoran los unos á los otros ó se arrastran á la sombra de los helechos, doblgando los troncos con sus macizos y enormes vientres; dragones de negras y anchas fauces que jamas soñaran los poetas y que han dejado la huella de su planta marcada indeleblemente sobre los terrenos areniscos y conchillosos de las épocas prehistóricas; inmensos bancos de coral se levantan desde el abismo de las aguas y son como los basamentos de las rocas y los continentes futuros. Pedazos de tierra fangosa se unen con istmos de piedra; unos mares se retiran, otros se extienden; un archipiélago se hunde por grados; otros asoman por encima de los mares; el suelo se levanta y se hunde y se aplanan con una lentitud secular; aquí se forman golfos; allí se ciegan lentamente los estuarios; corrientes de aguas dulces serpean tranquilas en varias direcciones; bosques de palmeras se levantan; y la vegetacion comienza á modelarse como para adornar el vestíbulo de los tiempos actuales.

“ Durante la época que la tierra soportaba una lujuriosa vegetacion, los mares contemporáneos alimentaban miriadas de séres animados: articulados, moluscos, radiados y peces”. (Lyell.)

Las islas se acercan más y más; la tierra comienza á ensancharse, y á medida que la forma insular abre paso á la forma continental, la fauna se eleva del reptil al mamífero; las especies se suceden á las especies con la lentitud de los siglos; cambian paulatinamente los tipos y las formas, y la naturaleza, "sirena dormida en el fondo de los mares de creta, no se despierta de aquel sueño, sino con la época terciaria."

Comienza la aurora del gran día de la aparición del hombre. Los mares han retrocedido, la tierra se ensancha, las montañas se agigantan, los archipiélagos dispersos se reúnen. Los tipos que permanecían en embrion, rompen su molde y aparecen en sus nuevas formas; especies que fueron raras, aumentan con profusión; á los inmensos reptiles suceden colosales mamíferos y los rebaños de cuadrúpedos gigantes; "inmensos bosques de árboles hojosos cubrían entónces el polo ártico; álamos, cipreses, alisos, se extendían entónces por los confines del Norte, donde están hoy los desiertos de hielo; hervía la vida en las selvas vírgenes; y vergeles de verdura ceñían la zona polar."

Los insectos, los pájaros y las aves revolotean en bandadas por los aires y los bosques; se agitan en las marismas ó en los pantanos, ó se asilan en la cúspide de las montañas, ó atraviesan los mares y los continentes como las viajera golondrina de nuestros días.

La gran oleada de los seres va avanzando y transformándose al través de millones de siglos; sigue las convulsiones internas é intermitentes del globo; sigue la distribución lentísima de las tierras; ondula, se reconcentra, se difunde siguiendo los cambios sucesivos de temperatura, las mudanzas atmosféricas; arroja á la superficie nuevos seres de figuras tan extrañas, de costumbres y de instintos tan vários, que aún no acierta el hombre á definirlos, ni alcanza á explicar su misteriosa aparición

Después, océanos helados que cubren una parte del planeta como una inmensa mortaja; montañas de hielo flotantes; cordilleras que se mueven, ondulan, se deprimen ó se elevan, se desgajan y se derrumban; hondos precipicios invadidos por torrentes desenfrenados; lluvias, tormentas y huracanes que cambian la superficie de algunos continentes y ensanchan los ríos y levantan las olas como gigantes que pretendieran escalar el cielo; y como contraste de todo esto, épocas de calma, fantásticos y espléndidos paisajes que se destacan de entre los mares apaciguados, y se suceden al

traves de los siglos, formando una perspectiva indefinida de escenas plácidas y embriagadoras, como si las bellezas y los encantos de los trópicos se esparcieran por el mundo.

Hable, señores, la ciencia de los hombres más sabios del siglo, en vez de la imaginación exaltada de los escritores poetas.

"Monumentos multiplicados atestiguan superabundantemente que la superficie de la tierra ha sido removida y transformada de mil maneras; cadenas enteras de montañas han salido de su seno, ó se han abismado en sus profundidades; inmensos valles han sido violentamente abiertos, cegados en seguida, de nuevo excavados después; los mares y las tierras han cambiado de lugar; sin embargo, á través de todas estas revoluciones y de los cambios locales y generales que ellas han engendrado en los climas, la vida animal y vegetal no ha cesado en el planeta. Ha continuado sin que sufriesen violación las leyes que rigen hoy la creación orgánica, sea que la sucesión de los seres vivos haya tenido lugar por la transmutación de las especies, ó bien se haya realizado, como algunos lo pretenden, por la introducción brusca, de una época á otra, sobre la tierra, de plantas y animales nuevos cuyas respectivas series han debido ser admirablemente apropiadas al estado regenerado del globo, condición indispensable para que esas especies pudiesen crecer, multiplicarse y durar en períodos indefinidos."

Se han acumulado pruebas y pruebas sobre la estrecha analogía que existe entre las especies extinguidas y las especies vivientes, y son tan numerosas y concluyentes que nos es imposible dudar de que la armonía y la magnificencia de invención que admiramos en la creación viviente, no hayan caracterizado en el mismo grado al mundo orgánico en las épocas más remotas. Pero si á medida que extendemos nuestros conocimientos sobre la inagotable variedad de la naturaleza, admiramos la sabiduría infinita y el supremo poder que esos fenómenos nos revelan, ¿cuánto mayor y más profunda no será nuestra admiración si pensamos que el espectáculo presente no es más que el último acto de una gran serie de creaciones preexistentes, cuyo número y límites no podemos apreciar á través de la inmensidad de los tiempos transcurridos? (*Lyell.*)

Veinte veces los naturalistas, como el alfarero, han amasado el globo en sus manos; veinte veces le han retocado y transformado. Las visiones de los poetas y los artistas, las fantasmagorías de

las leyendas, toda la mitología pintoresca de los antiguos y los modernos, han sido eclipsadas por esta historia de las evoluciones del globo, por las revelaciones de la ciencia, por esos mundos imaginarios, por esas gigantescas hipótesis que se han creado para explicarnos todo. Baja el naturalista al fondo de océanos anteriores poblados de monstruos, como si le circundara la campana del buzo; ve claro en aquellos mundos fantásticos, mezclados de hipótesis y realidades; palpa, sondea el suelo de los mares que ya no existen más que en su pensamiento; vive á sus anchas entre los monstruos y las colosales quimeras, como si estuviera en un museo de historia natural; palpa lo insondable y lo que jamás ha visto ningun ojo humano; recompone el universo; forja su armazon: hace desfilar ante nuestra vista atónita lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande de los organismos pasados; y en medio de estas visiones, los séres y las formas se desvanecen como burbujas de jabon, para abrir cuna y dar paso á nuevos séres y á nuevas y más bellas formas.

A todas estas revoluciones va ligado el sér humano. No descifra su destino sino por el estudio de lo que le ha precedido: no adivina su porvenir sino por el exámen de lo pasado.

Las especies vegetales y animales son como otras tantas tribus que se dividen y se disputan la tierra. El mundo animado es una batalla sin freno y sin tregua. El que ha obtenido una débil ventaja, triunfa de sus vecinos, y todo tipo, ó carácter nuevo que puede servir de arma y constituir un organismo más perfecto, se perpetúa á expensas muchas veces de los séres inferiores que no recibieron esa herencia. La mejora, el perfeccionamiento, el progreso, la seleccion se operan por esa lucha incesante, por ese combate de las razas y las especies al traves de las edades que los anales humanos jamas podrán contar. Los séres sufren sin cesar las influencias físico-químicas de las épocas en que viven: si las especies se entrelazan y se modifican ó imprimen su sello á los individuos que las componen, los individuos á su vez engendran en la especie mutaciones y metamorfosis, variedades ó perturbaciones que así pueden ser efimeras como perdurables; fuente de inmensos progresos, ó causas de horrible decadencia.

La ciencia moderna no se contenta con destruir las bases, bien frágiles por cierto, de las cronologías clásicas y con hacer remontar el nacimiento del hombre á un término tan lejano, que nuestra historia aparece como un momento fugitivo en una incalculable serie de siglos.

Va más léjos: pretende arrancarnos nuestros títulos de nobleza y nos ha buscado los más extraños parentescos. "Relega entre los mitos y las quimeras la tradicion de un hombre primitivo, resplandeciente de juventud y de belleza, errante en los jardines del Eden, con su inocente compañera, en medio de un familiar cortejo de animales, para mostrarnos sobre riberas heladas una especie de sér abyecto, más repugnante que el australiano, más salvaje que el patagon, bruto feroz que lucha con simples pedazos de piedra tallada, contra los animales á quienes disputa su miserable existencia: monstruo de quien pudiéramos decir, como Shakespeare de *Caliban* en la *Tempestad*:

"No articulabas, salvaje, más que sones confusos y vacíos de sentido, cual hubiera podido hacerlo un bruto."

Despues de buscar la genealogía de cada sér y la genealogía del hombre, los naturalistas han penetrado en los dominios del alma. "Lo que parecía más caprichoso, más espontáneo, poesía, filosofía, se ha logrado someterlo y reducirlo á esas leyes de desarrollo y encadenamiento que son el espíritu de consecuencia á traves de las edades: hasta los más sutiles sueños, sistemas, utopias, sombras que pasan y vuelven á pasar por la mente, han debido responder á esta pregunta: ¿de dónde venis? Interrogada la familia de las quimeras, ha tenido que enseñar sus padres y sus más remotos orígenes."

No sólo han buscado los antecesores de cada animal, de cada planta, de cada roca, sino que han buscado los precursores de una pasion, de un pensamiento, de un instinto, de una voluntad enérgica, de un carácter austero; y así como enlazaban ántes en una misma cadena á los séres organizados como saliendo los unos de los otros, enlazan ahora los pensamientos, los instintos, las pasiones, los caracteres, derivando los unos de los otros al traves de las edades y transmitiéndose de una serie de organismos á otra serie más perfecta, con intermitencias, imperfecciones ó retrocesos que tanto pueden emanar del individuo como de los medios ó influencias que le rodean.

Parece que el mundo moral ha sido trastornado, y que el hombre, átomo perdido en esas eternidades, confundido con la mata de yerba y el pedrusco, con la osamenta del Maamut ó el esqueleto de los reptiles, ha sido derribado de su trono, ha descendido

del glorioso pedestal que él mismo se forjara: — de rey que fué de la creación entera, parece que hubiera pasado á confundirse con la plebe del universo que ántes avasallaba; y hoy, parece que sólo encuentra un abismo sobre su cabeza y otro abismo más profundo á sus piés. (*Quinet*).

Así, el hombre pensador de nuestros días reproduce á cada paso el monólogo que el poeta inglés puso en boca de Hamlet y se entrega en su gabinete de estudio á las elucubraciones del Dr. Fausto.

Ahí le tenéis con ese frenesí por el análisis, con el afán incansable de saberlo todo, llegando hasta sofocar el vigor de la acción, hasta hacer evaporar como un sueño las más arraigadas ideas,—reverenciadas creaciones de la mente! y hasta tocar con mano impía las más sagradas reliquias del género humano; delirando é investigando siempre, creando hipótesis gigantescas, sorprendiendo cómo obran las fuerzas en el gran laboratorio de la naturaleza y renegando á veces de los efectos, con pueril horror á las innovaciones; llevando las consecuencias de los principios descubiertos, hasta el fondo del abismo; desgarrando los corazones apasionados por ese ideal progresivo de amor, de justicia, de belleza y de verdad que ilumina hoy con sus resplandores *esta selva oscura de la vida*, intentando llenar con el sarcasmo ó con la duda ese vacío inmenso que la ausencia del infinito deja en las almas descreídas.

Parece que este vértigo no tuviera término y que los grandes pensadores de este siglo no se dieran tregua en esta labor prodigiosa de restaurar lo pasado, de remontar hasta los orígenes primeros de las cosas, para sacar de entre las tinieblas y los escombros de las edades pasadas el haz de luces que ha de proyectar sus claridades sobre los confusos horizontes del futuro.

Pero el abismo comienza á llenarse de luz y el vacío se colma de verdades.

¿Qué importa que el fisiólogo y el anatómico nos digan que el hombre en su estructura difiere ménos del mono chimpanzé y del orang, de lo que éstos difieren de los demas monos? Serán los naturalistas los mismos que vengan en seguida á demostrarnos cuáles son los caracteres que distinguen al hombre del bruto. Le reconocerán una estructura perfecta de laringe para la emisión de la voz, y una conformación de órganos vocales desconocida ó apenas manifestada en los otros seres sus antecesores ó progenitores re-

motísimos, y que en él está destinada á producir los melodiosos acentos, las más dulces modulaciones de la voz, esos torrentes de elocuencia y armonía que nos arrastran y nos hechizan. Le reconocerán una estructura del cerebro más perfecta que otra alguna, dispuesta para la elaboración del pensamiento; le reconocerán diferencias en las extremidades que responden á la destreza, á la flexibilidad, á la rapidez con que, como ningún otro sér, se asimila lo que le rodea. La riqueza y poder de las aptitudes intelectuales, la palabra, el lenguaje en sus infinitas variedades, la música, la pintura, la estatuaria, la poesía, la industria, las matemáticas, la física, la química; todas estas artes y ciencias constituyen el patrimonio exclusivo de este sér, cuya genealogía deriva de otros anteriores al traves de millonadas de siglos y cuyas semejanzas con la especie de los simianos se presentan como indiscutibles.

“Mirad al mono, al antropoide más perfeccionado; examinad esa boca y comparadla con los labios humanos: reconoceréis que sólo los labios del hombre están preparados como un arco siempre tendido, siempre flexible, para disparar la flecha de la palabra. Es el único sér que habla en toda la creación.”

Comparad las construcciones del más hábil de los animales conocidos, con los monumentos del arte levantados por el hombre, sus matemáticas, su mecánica, sus industrias, sus telégrafos, sus ferro-carriles, sus fonógrafos, sus teléfonos. ¿No encuentran por ventura diferencia alguna los naturalistas? La superioridad intelectual y moral del hombre se encuentra á cada paso reconocida.

Los naturalistas han demostrado con hechos irrefutables el origen de las especies; habrán podido sorprender el misterio de cómo se engendran las formas, cómo se combinan las fuerzas en el gran taller de la naturaleza; y han tenido que reconocer al mismo tiempo que el hombre ocupa el puesto más elevado en la escala de los seres. Los más recalcitrantes, aquéllos que han buscado al hombre más baja genealogía, aquéllos que pregonan una gran victoria sobre esa *antigualla de la filosofía platónica*, llaman al sér humano, como Plinio, *el ser más noble de los seres*.

Los naturalistas han tenido que reconocer que el cerebro de ese animal, colocado, como los de los demas, entre rudas paredes de hueso, tiene estremecimientos que atraviesan el tiempo y el espacio y van más allá de la inmensidad de los cielos, más allá de las oscuras profundidades del abismo.

Han tenido que reconocer que si bien como los demas seres, está

sometido á la lucha por la existencia, esta lucha no tiene otro objeto que el progreso moral, intelectual y físico; el bien del individuo y el perfeccionamiento de la especie. Han reconocido que si bien el hombre está incontrovertiblemente sometido á la ley de la herencia, y tiene que soportar sus influencias, tiene como ningun otro sér el poder de adaptacion, la facultad de evitar, de prevenir, de aminorar, de sobreponerse al influjo de esa ley fatal; tiene la libertad.

El ideal de la belleza humana no admite parangon con ninguna otra forma de los organismos ó de los séres que rodean al hombre. El sentimiento religioso, especie de instinto, impreso en las células cerebrales de nuestros remotos antepasados, dice un naturalista, es uno de los rasgos más prominentes y esenciales entre los peculiares á la especie humana.

Desde que ésta aparece en el mundo, dice el poeta argentino,

Desde entónces, por siempre,
Cual valla inquebrantable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imágen del Creador alzada.

La ciencia de la naturaleza que se pretende positivista, ha superado con sus descubrimientos y con sus hipótesis á cuanto la imaginacion humana había producido hasta el presente; ningun talisman más poderoso que el suyo para superar á todas las maravillas conocidas; en medio de sus visiones, ha rehecho el universo como se le ha antojado. Profetas siniestros se han aprovechado de ese monton de escombros y de ruinas para predecir nuevas catástrofes y han forjado sus quimeras impresionados con tan súbitas, extrañas y colosales apariciones.

Pero si el hombre con entereza vuelve por un momento la mirada hacia esas espirales subterráneas que llegan hasta la superficie que habita, descubrirá una infinita sucesion de séres, todos diferentes de él, empeñados sin tregua en subir hasta él, cambiando de formas á cada paso y dominados siempre por algun espíritu, por alguna fuerza superior á todos.

Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.

El hombre se nos aparecerá siempre, por más que removamos las capas de la tierra, por más que profundicemos en los abismos del cielo y en los abismos del mar, se nos aparecerá siempre para los naturalistas y los filósofos como la cima más alta del universo, iluminándolo todo con su pensamiento, con su razon, codiendo á esas ansias eternas de llegar á lo infinito, sobreponiéndose á las leyes de la herencia y á todas las criaturas con esa energía creadora que lleva en sus entrañas, con sus bellas artes que ningun sér en el mundo iguala ni comprende, con esa fuerza indomable que ninguna otra fuerza ni déspota alguno logrará jamas avasallar; saeta voladora que todo lo penetra, soplo creador que todo lo vivifica, llama invisible que siempre reverbera, fuerza incontrastable para derribar el mal.

La poesía ha vislumbrado estas grandes armonías entre los nuevos descubrimientos y el mundo moral de nuestros abuelos. El espíritu de Dios se agita sobre las aguas como en los primeros dias de la creacion, y la llama del espíritu sube hasta los cielos como en los primeros albores de la fe y de la juventud.

Todo á su paso vive, alienta, brota:
El mar, el monte, la desierta esfera;
Y á su soplo creador todo se espande,
Palpita y reverbera.

Él es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,
Por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
Que no rasgue su seno á su mirada.

Señores:

Yo debía este humilde homenaje á la filosofía y á las ciencias naturales, cuya importancia crece cada dia, y cuyos problemas han sido en este recinto tema de interesantes discusiones, de controversias apasionadas.

Se ha presentado á la ciencia del pensamiento como divorciada

de la ciencia de la naturaleza; se las supone irreconciliables enemigas; y por las obras que han estado á mi alcance y por las leyes y las hipótesis que he podido estudiar en los breves instantes arrebatados á las tareas profesionales, me ha parecido que una ciencia es hermana de la otra, que las dos entrelazan sus conquistas y sus laureles, y que tienden á sustentarse recíprocamente; que las dos forman un foco de irradiación perenne, cuya llama ningún viento apaga, sombra alguna extinguirá jamás; que ondea y se dilata por los ámbitos del mundo, agita, educa, vigoriza á los pueblos, disipa cada día con sus espléndidos rayos las densas tinieblas del pasado y el velo que encubre al misterioso porvenir.

Yo quería presentar al Ateneo este humildísimo testimonio del entusiasmo con que sigo sus progresos y del celo con que miro todo lo que á su engrandecimiento se refiere. Me pareció que era posible presentar hermanadas aquellas ciencias, que son, la una, como pedestal y la otra, como brillante diadema del género humano. Me pareció necesario presentar en público ese testimonio. Me pareció que lo debía cuando menos á mis compañeros del Ateneo. No me he propuesto provocar una discusión: sólo he querido exponer el resultado de mis últimas lecturas, y hacerme eco de lo que pregonan algunos filósofos y naturalistas.

La juventud del Ateneo empieza á comprender, si no me engaño, que esa maravillosa historia de los seres que nos han precedido en épocas distantes de nosotros siglos de siglos; que esos antiguos reinos que parecen levantarse como espectros de entre las sombras del pasado para arrojarnos, como la esfinge, sus enigmas á descifrar, no han hecho vacilar tanto como se cree las columnas que sostienen al viejo templo de nuestros dogmas morales.

Han venido, por el contrario, á abrir nuevos horizontes al pensamiento, han ensanchado el concepto del universo, derramando en nuestros cerebros una nueva luz; han transformado el molde de algunas ideas; pero el dogma moral subsiste casi el mismo, más razonado, más completo, más amplio, — como al través de las evoluciones del planeta el hombre permanece hombre y se reconoce á sí mismo en la progresión indefinida de los organismos. El hombre aparecía como un eslabón separado de esa gran cadena de los seres. La ciencia ha revelado sus orígenes y le ha sometido al plan general del universo, del cual pretendía apartarse: no le relega entre la multitud, ni le confunde con la plebe del universo; pero al compararle con los seres que le rodean, con los que

fueron sus antecesores en la serie de las edades prehistóricas, encuentra, que como ninguno,

Lleva la frente erguida,
De misteriosa aureola circundada.

.....

Anatómicamente considerado, es el hombre un animal, cuyos verdaderos títulos de nobleza no son ni su carne, ni su forma, ni sus músculos, ni sus huesos, ni sus nervios, ni sus órganos. Sea cual fuere el origen del hombre, dice Laugel, es un sér que tiene desde hace siglos una historia propia; ha levantado civilización sobre civilización, llenado el mundo con los monumentos creados por su ambición y por su genio: es el único autor de un drama en que los otros seres sólo aparecen como accesorios. Y si dejando tras él el mundo visible, entra en las esferas ideales del pensamiento, ningún otro sér puede seguirle, y se lanza solo en esas regiones que aparecen como reservadas expresamente para él. Este rasgo distintivo ha sido reconocido por los naturalistas.

El hombre, como uno de tantos organismos, está sometido á la influencia de las fuerzas que le rodean, á las combinaciones físico-químicas que mantienen la vida en el universo; pero de entre esa envoltura frágil con que nos le presentan, surge una llama que nada puede ahogar ni empalidecer y que, vivificándolo todo á su alrededor, se eleva en alas del pensamiento hasta la fuente perenne de la luz y la verdad. El hombre no sólo tiene el pensamiento: tiene la libertad. "Una perspectiva indefinida de adaptación se presenta al futuro perfeccionamiento del espíritu humano. La facultad de adaptación en el hombre no tiene límites." (*Haeckel*.)

La anatomía y la fisiología no han podido descifrar esos mundos misteriosos en que se agita el espíritu. El hombre tiene una vida ideal que corre paralela á su vida orgánica. Los pensamientos nacen, crecen, se desarrollan, como los instintos, los apetitos y las pasiones; como se despiertan las fuerzas, como crecen y se desarrollan los músculos, como se sensibilizan los nervios, como se perfeccionan los órganos. La ciencia nos enseña que los organismos suceden á los organismos por un orden y una escala ascendentes; la ley de su desenvolvimiento rige también el progreso indefinido del espíritu humano; ese progreso suele tener sus intermitencias.

Al lado de las formas más perfectas, enseña la paleontología

que al través de los cambios producidos se han conservado ciertas formas y ciertos órganos rudimentarios, sin función actual, pero que existían y funcionaban cuando la vida comenzó á ensayar sus fuerzas en la superficie del planeta. Al lado de las grandes civilizaciones encontramos también esparcidas numerosas agrupaciones humanas, en estado rudimentario, como atrofiadas, sumidas en una ignorancia, en una rusticidad y estupidez que parecen como un vestigio de las primeras edades, por más que las tribus degradadas de hoy no basten, ni con mucho, á darnos idea del hombre primitivo, luchando con hachas de piedra contra los monstruos que le disputaban el imperio de la tierra.

La ciencia nos ha enseñado que todo organismo que no tiende á levantarse sobre su antecesor, se queda estacionario y petrificado, envuelto en las sombras que rodearon á sus abuelos y como amortajado en su propia envoltura, retrogradando á veces hasta las más bajas esferas de la vida.

Esta ley de la naturaleza se aplica á los hombres y á los pueblos.

Avanza, avanza en corazón, en espíritu y en acción! he ahí la divisa en el mundo social. Extiende la mirada por el confín del horizonte. Mira cómo la ola empuja á la ola y refleja otro cielo más puro; mira cómo la savia circula y rejuvenece á las plantas. Sed como la ola, sed como la savia. El legado de tus predecesores puede ser una carga que te oprima, un peso horrible que te abrume: el presente tiene sus asechanzas, sus negras nubes que amenazan envolverte, sus selvas enmarañadas, sus seductoras tentaciones, sus promesas siniestras.

Pero el naturalista y el filósofo han descubierto que el espíritu del hombre puede resistir á las leyes de la herencia y sobreponerse á ellas; puede encadenar todas las tempestades, como el coral encadena á las ondas entre sus mallas, y como él, puede desafiarlas desde el fondo del abismo.

La actividad incesante y progresiva es la ley del universo. Ningún ser escapa á esa ley, y así como los astrónomos han descubierto que los orbes giran hacia una constelación que puede ser como el centro de la bóveda celeste, como el eje del mundo, así el naturalista y el filósofo han vislumbrado con los ojos del alma ese centro misterioso del cual parten y al cual son atraídos todos los organismos; foco de luz inextinguible hacia el cual todo gravita, fuente imperecedera de verdad y de justicia que está por encima

de todas las evoluciones y de todas las hipótesis, de todas las dudas y de todas las quimeras.

La ciencia de la naturaleza no ha arrebatado al hombre el amor, ni la poesía, ni la religión, ni el ideal, invisibles armaduras, fuerzas secretas que lo levantan y lo sostienen por encima de la corriente vertiginosa de los intereses materiales; verdaderas áncoras de salvación, á las que va sostenida esta existencia, siempre amenazada; coraza invulnerable contra la insolencia de los hombres, contra las injurias del tiempo, contra la traición de los acontecimientos y contra ese fastidio que está en el fondo de todos los placeres y de todas las emociones humanas.

Permitidme, señores, que reproduzca en estos momentos lo que con motivo de unas impresiones de viaje, publicaba hace un año en *La Revista Americana* sobre esta contienda que hoy me trae á la tribuna. Decía entonces, dirigiéndome á los materialistas: Vosotros los que creéis que nada existe más allá de la tumba, los que creéis que todo en el universo se reduce á materia y fuerza, habréis pensado una vez siquiera en los seres queridos que os han abandonado y habréis sentido siquiera por un segundo, en vuestros nervios alguna sensación dolorosa, en vuestro cerebro una misteriosa conmoción, algo como una punzada instantánea en esa gran viscera del corazón, y un humor cristalino se habrá desprendido de vuestros ojos. Si esto habéis sentido al acercaros á un sepulcro de vuestros deudos más queridos; si al recordar la memoria de vuestros padres un algo invisible amortigua vuestra sangre y dificulta vuestra respiración, como cuando subís á las grandes alturas en la naturaleza física, confesaréis que esa fuerza misteriosa que agita el organismo, que hiere vuestros nervios, que altera vuestro cerebro, que repercute en vuestro corazón y que empaña al mismo tiempo la pupila de vuestros ojos, es una fuerza distinta de vuestros nervios, de vuestro cerebro, de vuestros ojos, miserables esclavos de aquella fuerza simple; confesad que es una fuerza especial y originalísima por sus manifestaciones características, distinta de las demás por la reflexión de sí propia, por su albedrío, que es un rasgo esencial y prominente, por la conciencia de sí, reconociéndose siempre idéntica, libre, dueña de sí misma en todos los momentos de la vida.

Si el hombre balbucea algo de sí mismo, si el hombre es un in-

térprete de la naturaleza, es porque, como observador, la identidad de su espíritu, con relación á su cuerpo y á las demas cosas que le rodean, jamas desaparece en medio de la infinita variedad que ofrece el universo. Hay una dualidad, la del pensamiento y la materia, la de la mente y el cuerpo, que jamas lograremos borrar de los anales del género humano; está manifestada en todas las tradiciones desde los más remotos tiempos; está escrita en la naturaleza; está siempre patente en la conciencia; y en todos nuestros actos, y en nuestro lenguaje familiar, y en nuestros afectos conjugales, está siempre latente, aunque la neguéis.

Seremos un átomo en el universo; pero un átomo que penetra á los demas, y se dirige á sí mismo y conquista y atrae á los demas á su dominio, que recuerda, piensa, siente y quiere como ninguno de los átomos conocidos. ¿Por qué no decir con Emerson: "El hombre, formado del polvo, jamas olvida su origen. El polvo animado penetra al polvo inerte. Todo lo que es inanimado hablará y razonará un dia. La naturaleza inédita verá publicados sus secretos por el hombre."?

Ninguno otro sér, ninguna otra fuerza hasta hoy, tiene este poder de reflexion sobre sí misma, esta independencia; esta libertad de movimientos, y esto basta para restablecer el equilibrio en medio del caos que habéis producido y para disipar, con esta luz de los principios morales, las tinieblas que habíais proyectado sobre la humanidad.

Haced como el gran Goethe. Nos ha hablado de la naturaleza, sin arrebatarla la poesía, sin blasfemar de la humanidad. Ha hecho más con su genio colosal: ha hermanado la ciencia, la poesía, la humanidad; ha reconciliado la razon con los sentidos. Ha realizado, como él mismo lo dijo por boca de sus personajes, el himenco de la materia y el espíritu, de la sombra y de la luz.

Si, pues, no somos un sepulcro blanqueado de aquéllos de que habla la Escritura, confesaremos esta fe en la existencia del mundo moral. Y aunque no queramos confesarla, la manifestaremos á pesar nuestro ante los demas en las diarias agitaciones de la vida, así en el seno del hogar como en las relaciones sociales y en los negocios . . . ménos en las cátedras, donde hablaremos de fenómenos psíquicos y negaremos el alma, de simplicidad de fuerzas y su unidad y negaremos el espíritu uno é indivisible!

Negaremos, pero negaremos en vano.

Miríadas de siglos pasaran; habréis removido la costra inmensa

del planeta; habréis sondeado el cielo y el mar y trazado su mapa y sometido todo infusorio al microscopio . . . ¿Qué habréis hecho al fin si prescindis del órden moral? Levantar de la tierra unos cuantos guijarros; mostrar el abismo sobre nuestras cabezas y el abismo á nuestros piés. ¡Y nada más!

Nada podéis sin la mente del hombre; nada podéis explicar si no recurris á la bella hipótesis de un equilibrio de fuerzas, de una sabia distribucion de la materia, de un desarrollo ó evolucion progresivos, tendentes á un fin supremo, á algo que no es materia, á algo que no es fuerza, ó cuando ménos es la síntesis ideal de todas las fuerzas, el substractum de la materia. Llegáis al fin á las grandes leyes morales en que estriba toda la gran máquina del universo y las cuales constituyen el eslabon en la eterna cadena de los séres.

Vosotros decis que los siglos pasarán sin destruir un solo átomo de materia en el universo; y pasarán y pasarán los siglos sin destruir en los pueblos esta piadosa veneracion de las tumbas; estas infinitas tristezas y vagas aspiraciones del alma al borde de un sepulcro; estas solemnes evocaciones, este culto místico del espíritu que en la plegaria de una oracion, en un humilde ruego, asocia á su dolor toda la naturaleza, de cuya stirpe lleva el sello, ó implora á la fuerza increada, implora á la Gran Causa, de cuyo seno misterioso viene.

Hé aquí, señores, las grandes verdades que ofrecen la filosofía y las ciencias naturales al que penetra en sus vastos dominios con espíritu levantado y con el corazon abierto á las inspiraciones de una fe nueva.

La juventud del Ateneo ha entrado por esas nuevas vías.

Ella no separará los estudios sicológicos y morales de los estudios de las ciencias naturales, ni seguirá la huella de los antiguos filósofos, que hacían de la filosofía un reino aparte y desdeñaban muchas veces engolfarse en los laberintos del mundo físico. Con los modernos y más eminentes naturalistas puede seguir á la naturaleza paso á paso, viéndola gravitar incesantemente de organismo en organismo hasta esta armadura frágil en que se asila el pensamiento y en que tiene su asiento la libertad.

El naturalista nos había enseñado cómo misteriosamente desde el fondo del abismo los séres imperceptibles edifican pacientemente

al traves de los siglos las grandes montañas; nos ha enseñado cómo de las formas más simples, la vida ha remontado hasta las más bellas; cómo luchan los seres, disputándose el mundo, el elemento, el aire, la luz. Nos ha presentado al hombre entre los hielos de la época glaciaria, elevándose despues lentamente, de grado en grado, en medio de vacilaciones y torturas, hasta su estado de cultura actual. ¡Qué de tiempo no habrá sido necesario para elevar aquel hombre grosero de los primeros días hasta el nivel de la época presente! El génesis del ideal ha sido lento, difícil, doloroso, como el génesis de la naturaleza, sometido como éste á terribles catástrofes, pero abriendo siempre nuevos horizontes y nuevas y más bellas perspectivas; sometido el hombre á la lucha, á la resistencia contra la naturaleza que le oprime y le estimula, que le encanta y le abisma, que ora le ayuda, ora le sofoca, que le eleva á las contemplaciones ideales ó le sumerge, desgarrándole el alma, en las tinieblas de la duda.

Con razon estudia, pues, la ciencia de la naturaleza, las leyes del universo y busca sus aplicaciones en los seres vivientes. Cuanto más se profundice en las oscuridades de nuestro origen, más fácil será conducirnos á nuevos y mejores destinos. Las leyes universales ó implacables del mundo no han sido cambiadas en nuestro favor, y la energía de nuestra libertad no tiene otro horizonte que el progreso moral, intelectual y físico.

Hé aquí, si no me engaño, la profesion de fe de la juventud del Ateneo.

El mote de su escudo es la lucha por la verdad; el amor á la ciencia es su gran estímulo, la fuerza creadora que la lleva á la aplicacion de las grandes verdades y de las grandes conquistas del espíritu moderno.

Profesa un culto religioso á la libertad y odia el despotismo tanto como le repugnan el fanatismo y las tinieblas.

Ha levantado este templo, porque los viejos templos eran estrechos y amenazaban derrumbarse; los altares de la vieja supersticion van quedando vacíos y en cambio crece aquí cada día el número de sacerdotes de la nueva religion.

En estos momentos de incertidumbre, de ansiedad y de angustias para el buen ciudadano, la juventud del Ateneo recoge las enseñanzas de la naturaleza; presta homenaje á sus más eminentes intér-

pretes, al propio tiempo que rinde un tributo de veneracion, de respeto, de verdadero amor á esos principios morales que son como los genios tutelares de nuestra dignidad cívica, de nuestra libertad y de nuestro honor individual.

Cada día depone una nueva ofrenda, deposita una guirnalda sobre los altares de la patria, en aras de la República; consagra de nuevo sus armas y sus banderas para los combates del futuro; retempla su fe en los salvadores principios de la democracia. Se apercebe contra las asechanzas del presente; pugna por disipar las amarguras que nos rodean y las tinieblas que forja la supersticion.

Lleva las desgracias de la patria hondamente impresas en su alma, y en medio de estas lides fecundas del pensamiento, y en medio de sus gabinetes de estudio y de las agitaciones en que las grandes contiendas científicas y los primeros problemas de nuestra vida política y de la historia nacional envuelven á su espíritu, va como dominada por un sueño que apenas si cabe en los estrechos horizontes de hoy: la República! Pero seguirá firme en su ideal, resignada, prudente en sus exigencias, templada, enérgica, sin impacencias febriles, sin exageraciones apasionadas;—seguirá, por la ancha vía evolutiva,—pura y sin mancha, las escabrosidades del presente, buscando con la antorcha de la ciencia en la mano mejores días para la patria y entonando como siempre su himno de redencion: *la libertad!*—LA DEMOCRACIA! que es la bandera de la revolucion de Mayo y la de los héroes de nuestra independencia.

La metafísica y la ciencia

POR EL DR. D. JULIO JURKOUSKI

Catedrático de Anatomía en la Facultad de Medicina de Montevideo

(Conferencia leída en el Ateneo del Uruguay)

Señores :

Tantas veces se ha atacado desde esta tribuna la doctrina filosófica moderna, llamada impropiamente *materialismo*, que se hace necesario examinar si realmente hay lugar para anatematizar la doctrina que en todos los centros científicos del mundo civilizado profesa una inmensa mayoría de filósofos y sabios modernos.

Es verdad que los adversarios de esta doctrina no la conocen ni pueden conocerla, faltándoles para ello la instrucción científica indispensable para darse cuenta del conjunto armónico del Universo y comprender la posición y el papel que desempeña el hombre en la naturaleza.

Ninguno de ellos ha combatido con argumentos científicos ó con hechos: se han limitado á ensalzar la metafísica, proferir anatemas contra el materialismo y exponer algunas apreciaciones falsas y erróneas sobre la ciencia ó sus teorías.

Pero ¿son justas estas declamaciones?

¿Son realmente fundadas las objeciones y los anatemas que se arrojan á la ciencia moderna?

¿Será realmente inmoral la doctrina materialista?

Eso es lo que se ha producido ya muchas veces en la historia de la civilización. Cada vez que la ciencia ha anunciado alguna teoría nueva que, haciendo dar un paso más á la humanidad, echaba por tierra las antiguas creencias ó supersticiones, se levantaba una protesta; los sacerdotes y sectarios de las diversas religiones, anatematizaban al atrevido innovador, profetizando cataclismos,

desgracias sin fin, desmoronamientos sociales si se aceptaba la nueva creencia, y casi siempre su autor encontraba tormentos ó una muerte ignominiosa, como recompensa á sus afanes. Y sin embargo, la teoría nueva acababa por ser aceptada sin que sucediese ninguno de los cataclismos anunciados, sin que se realizase ninguna de las fáticas profecías. Es que la verdad nunca puede ser perjudicial á la humanidad y acaba siempre por triunfar; es que la ley del progreso, la ley de la evolución, no es una vana hipótesis: es una ley natural que se cumple fatalmente á pesar y contra los esfuerzos de la ignorancia y del fanatismo.

Esta ley se cumple lo mismo en las series organizadas que en los círculos intelectuales. La humanidad, al progresar, tiende, no sólo al bienestar material, sino también á la perfección moral, pues sin ésta no sería posible aquél.

Es, pues, una manera superficial de ver las cosas, la que considera que vale más, como se ha dicho aquí, para el progreso y bienestar de un país, propagar la sana moral, que tener ferro-carriles ó teléfonos.

Ciertamente, la moral es indispensable en un cuerpo social; pero lo uno no va nunca sin lo otro.

La miseria impide el desarrollo intelectual y moral de una sociedad; el progreso industrial, asegurando el bienestar, lo favorece.

Las dos cosas progresan juntas, estando basadas la una en la otra. Yo quisiera que se me mostrase el pueblo ideal donde se encuentran el bienestar y la moralidad, sin el concomitante ó previo progreso industrial ó intelectual.

El progreso no es un accidente, sino una necesidad.

Léjos de ser producto del arte, la civilización es una faz de la naturaleza, como el desarrollo del embrión ó la aparición de una flor, como dice Herbert Spencer.

Las modificaciones por que la humanidad está pasando, resultan de la ley fundamental de la naturaleza orgánica, y estas modificaciones la conducirán necesariamente á la perfección. Esta es nuestra firme creencia; ésa es la base de la doctrina materialista. Vamos á examinar las dos, es decir, la espiritualista y la materialista, y vamos á ver cuál de las dos será más fecunda en resultados prácticos para el progreso y el bienestar de la humanidad.

Veamos primero si la metafísica realiza las condiciones de una ciencia y si tiene títulos para proclamar teorías que sirvan de base á la moral y á las ciencias en general.

Pero ántes de entrar en materia, tengo que contestar algunas aserciones que el señor Vázquez y Vega ha adelantado en su conferencia "Pedazo de caos" relativamente á la ciencia, y que considero erróneas.

No me detendré á examinar todos los puntos que ella abraza, porque como doctrina quedarán refutados por la exposicion ulterior que voy á hacer.

Contestaré solamente á algunas apreciaciones personales del Sr. Vázquez.

Dice este señor que sólo los materialistas vulgares combaten la metafísica. Para demostrar la inexactitud de esta aseveracion, citaré algunos párrafos de varios autores, que ciertamente hacen honor á la ciencia y á la humanidad, y que nadie podrá llamar materialistas vulgares, sin incurrir en una acusacion de presuncion.

Veamos primero lo que dice de ella Maudsley en su tratado *Fisiología del espíritu*:

" Dos hechos resaltan claramente del exámen escrupuloso del estado actual del pensamiento. El primero es el poco aprecio de que disfruta la metafísica y la conviccion casi universal de su nulidad é inanidad. La consecuencia de esta opinion fuertemente establecida, es que la metafísica no se cultiva como ciencia, más que por personas que la toman como profesion y que fuera de la actividad científica, ocupan sus cátedras profesoriales ú otras posiciones, en las que, teniendo raras ocasiones de observar bien, tienen mucho solaz para la contemplacion introspectiva. Exceptuando estos pocos individuos, no vemos por un lado sino unos cuantos jóvenes ambiciosos que pasan por un ataque de metafísica, como los niños pasan por un ataque de sarampion, y así adquieren felizmente, para el resto de la vida, una inmunidad contra una nueva afeccion de esta clase; ó bien por otro lado, inteligencias activas é ingeniosas, de éstos entre los metafísicos, que no habiendo sido formados nunca al método científico, no saben subordinar su entendimiento á la lógica de los hechos y viven intelectualmente en un mundo más ó menos ideal."

El Dr. Leblais y Littré, en la página 128 de su obra intitulada *Materialismo y Espiritualismo*, dice:

" Si la escuela de Alejandría no nos hubiese demostrado ya que la metafísica no puede servir de alimento sino á los espíritus viciados ó mal preparados, los ecléticos modernos se encargan de poner este hecho fuera de duda; su pretendida psicología no es más

que un rótulo ilusorio; en el fondo no hay absolutamente nada más que metáforas que pasan por ratiocinios (Cuvier), ó juegos de imaginacion análogos á la poesía (Broussais); y no puede ser de otro modo (aunque todos ellos fuesen unos Descartes ó Leibnitz) desde que se aíslan sistemáticamente de la fisiología, desde que se abisman en la contemplacion de su eterno yo y se abstienen cuidadosamente de examinar comparativamente el hombre en su estado de salud ó de enfermedad, en su desarrollo individual ó histórico; cuando dejan á un lado la observacion de los animales, muchos de los cuales podrían darles lecciones de lógica."

Más adelante dice todavía el Dr. Leblais:

" En resúmen: la metafísica ha enervado, afeminado y marchitado las inteligencias en Francia, sustituyéndose jesuíticamente á la filosofía varonil de los Tracy y de los Cabanis; ha organizado una verdadera prostitucion intelectual.

.....

" Dos motivos poderosos de esperanza en el porvenir se presentan, sin embargo, al filósofo. (1)

" 1.º La metafísica espiritualista no es cultivada ya sino por inteligencias de 4.º ó 5.º orden; Descartes, Leibnitz y Kant han sido las últimas cabezas fuertes que se han extraviado en las regiones de lo quimérico y de lo inaccesible; despues de ellos no se ha visto marchar en este camino más que espíritus bastardos ó mixtos, mal dotados de positividad para seguir la direccion científica, y de escasa imaginacion para entregarse á la cultura poética; en una palabra, los doctores de la Edad Media han sido gradualmente reemplazados por simples literatos ó disertadores, y es claro que el platonismo no puede ir léjos con semejantes órganos."

Hé aquí, señores, la opinion de uno de los más ilustres representantes de la ciencia.

No es por espíritu de secta ó de sistema que los materialistas y positivistas, todos sin excepcion, combaten la metafísica.

Es porque en su adelanto evolutivo, el hombre se ha convencido de la inanidad y de la falsedad de un método que en 2500 años no ha resuelto ninguno de los problemas que ha abordado, y que ha impedido el progreso de muchas ciencias, miéntras las tenía bajo su influencia, como ha sucedido con todas las ciencias na-

(1) Esto ha sido escrito en 1865.

turales, y el mismo estudio del hombre, que recién desde que se ha emancipado de la influencia metafísica, ha progresado, y por la inmensidad del progreso realizado en tan corto tiempo, da el mejor testimonio del valor del método que defiende.

Goethe, el más profundo pensador de Alemania, ha dicho "que el hombre debe abordar los problemas que la metafísica pretende resolver, sólo para convencerse de su inanidad y aprender á renunciar á ellos para no perder su tiempo en esfuerzos estériles."

Dice también el Sr. Vázquez, que no se necesita saber química ó física para abordar problemas filosóficos, y que más vale propagar la sana moral que echar miradas microscópicas.

Es también una concepción falsa y superficial del conjunto de los conocimientos y de la marcha evolutiva del progreso.

La moral no va sin la ilustración, y ésta no va sin la ciencia, que á su vez conduce é ilumina á la industria. Así todo se encadena, formando una armonía general. Las divisiones son artificiales. Todas las ramas del conocimiento humano tienen igual tendencia al bienestar de la humanidad, y por consiguiente igual mérito; es la ley natural de la división del trabajo. En cuanto á la inutilidad de las ciencias para la filosofía, es también un error: es natural que no es un químico, fabricante de fósforos, ni un físico, fabricante de anteojos, que puede pretender eso; pero hoy un hombre no puede llamarse ilustrado si no posee el conjunto de los conocimientos humanos.

"La ciencia, dice el Dr. Lehou, no se ha limitado al estudio del desarrollo físico del hombre: lo ha seguido en su evolución mental, y gracias al método científico riguroso, ha regenerado y reformado completamente este estudio.

"Demostrando que todos nuestros conocimientos sin excepción tienen por origen las sensaciones, y que la mayor parte de los fenómenos intelectuales pueden ser reducidos á la asociación de ideas producidas por la percepción de estas sensaciones, ella ha tomado por base de sus investigaciones el estudio de las sensaciones y de los órganos que las perciben.

"Para ocuparse en psicología y en filosofía, hace todavía pocos años bastaba ser un literato hábil, capaz de redactar ó pronunciar brillantes discursos sobre el bien, la verdad absoluta, lo bello, las verdades eternas, etc. La inspiración del momento sola servía de guía.

"Ningún conocimiento científico se creía útil. Hoy, para ocuparse

de estas materias, se necesitan estudios científicos profundos, sobre todo en fisiología, y nuestros mejores tratados de psicología moderna tienen por autores fisiólogos de profesión. Basta comparar las obras publicadas en Inglaterra y en Alemania por sabios tales como Herbert Spencer, Buckle, G. Lewes, Bain, Maudsley, Wundt, Herzeu, Zaborowski y muchos otros, con las obras de los más reputados filósofos espiritualistas, para constatar la inmensa distancia que los separa."

Ahora, ántes de entrar en materia para ocuparnos de la metafísica, debo rectificar un error todavía, que se le ha deslizado al señor Vázquez. Dice este señor:

"¿Está demostrada acaso la teoría de la evolución? Toda la escuela positiva, con Littré á la cabeza, no aceptan tal teoría, precisamente porque no está demostrada; precisamente porque comprenden que es una grande hipótesis formada por un sinnúmero de hipótesis pequeñas". Primero, es completamente incierto que la escuela positivista y Littré rechazan la teoría de la evolución; veo que el señor Vázquez comete el lamentable error de confundir la teoría de la evolución con el Darwinismo, lo que sucede á menudo á los metafísicos adversarios de esta teoría. La combaten, pero no tienen la más remota idea de ella. La teoría de la evolución orgánica no sólo es aceptada por los positivistas y todos los naturalistas, sino también por muchos de los espiritualistas más ilustrados, como lo prueba el siguiente pasaje, extraído de la obra de Mr. Liard, profesor de filosofía; obra coronada por la Academia de ciencias morales y políticas, dedicada á Mr. Paul Janet, con el título de *La science positive et la métaphisique*. — Dice Mr. Liard:

"¿Qué cosa más inverosímil y que repugne á la razón que la hipótesis de creaciones sucesivas y especiales?

Nadie puede concebir que de repente aparezcan seres provistos de todos los órganos necesarios á la existencia, dotados de caracteres distintos de los de sus predecesores, y cuya aparición no hubiese sido determinada por nada en el orden natural de las cosas. La imaginación de los poetas aún en los días de su mayor fecundidad, no ha engendrado nada semejante. Pero aún admitiendo que la imaginación puede representarse una creación especial, la razón se rehusa á concebirla.

"Un hecho semejante sería una causa de anarquía en el mundo. La ciencia descansa en efecto sobre estos dos principios: 1.º que

la cantidad de materia permanece constante en el Universo, y 2^o que nada se produce en él, que no tenga una causa natural.

.....

“El acto creador que formaría la materia, no es resultado de las fuerzas naturales; de otro modo caería bajo el dominio de la ciencia, haría parte de los fenómenos, lo que es contrario á la noción de tal acto.

“Eso sería una continua amenaza de milagro siempre suspendida sobre la naturaleza.

“La ciencia no puede acomodarse á semejante hipótesis!

“Bien distinta es la teoría de la evolucion. Sugerida por los hechos, ella no implica nada que los contradiga.

“La cantidad de materia es constante en el Universo; el fondo de todas las cosas es siempre el mismo; sólo las formas varían. Y ¿cómo se explica mejor su variedad y sucesion, sino recojiendo las enseñanzas que nos da la naturaleza misma? ¿No uos muestra ella que cada sér se forma lentamente, por progresiones infinitamente pequeñas y continuas? ¿Por qué, pues, no extender al desarrollo de la naturaleza entera, esta idea de la evolucion realizada en los sóres particulaes?”

Esto lo dice un espiritalista y metafísico por añadidura. ¿Cómo, pues, puede afirmarse que la teoría de la evolucion no es aceptada por los positivistas, cuando hoy ella sirve de base á todas las ciencias?

El método inductivo y la evolucion están operando una regeneracion en todos los ramos del saber humano, regeneracion que tendrá los más benéficos resultados para el bienestar y la moralidad de las sociedades.

Bibliografía

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Doctor Arrascaeta, amigo: Con la publicacion reciente de su *Coleccion de poesías*, ha obligado usted doblemente mi gratitud, como quiera que no sólo me otorga su benevolencia inmerecido lugar entre los cantores uruguayos, sino que tambien, agregando á ese alto honor la galantería más esquisita, ha querido usted colocar mi nombre en el libro, haciéndolo objeto de una dedicatoria, sólo explicable por su generosa y nunca desmentida amistad para conmigo.

Sea, pues, la primera falta de que le acuso, las finezas que se ha servido dispensarme. Y sea la segunda, la omision intencionada é imperdonable que entre los bardos de su patria ha hecho usted, de quien en *La flor del desierto* y otras composiciones de igual mérito, supo hacer gala de su gentil estro y de la delicadeza de sus elevados sentimientos.

¿Por qué esa supresion? Nuestro gran poeta Magariños Cervantes, al cobijar con su nombre, ilustre en las letras, el *Album de poesías uruguayas* editado en 1878, ocupó el puesto que le correspondía en ese libro. Antes que él, Teófilo Braga en su *Parnaso Portugues Moderno*, y Ricardo Palma en su *Lira Americana*, como posteriormente Juan de Dios Peza en su *Coleccion de poetas mejicanos*, no consideraron sus deberes de antólogos reñidos con el derecho soberano de dar colocacion entre las producciones poéticas que reunían, al fruto legítimo de su laudable íntimo trato con las musas.

Sea de esto lo que fuere, no teniendo hoy por hoy el mal enmienda, sirvan siquiera mis palabras para que lo corrija usted en las siguientes ediciones de su obra, si, como lo espero, logra vencer en la batalla que libre con su empecinada modestia.

Tócale á su libro aparecer en tristes dias, de éstos que se suceden “á causa de la atmósfera inestable y eléctrica del Rio de la Plata”, segun la expresion de un pensador argentino.

Los densos nubarrones que se ciernen en el horizonte de nuestra

actualidad política, abaten el espíritu con lúgubres presagios, concluyen con todas las esperanzas, y retraen esas individualidades afanosas y activas, expuestas á gastarse en la impotencia, sin encontrar un escenario para la avidez de lucha, que hace el tormento y la grandeza de los caracteres destinados á dejar huellas de su paso por la tierra.

La leyenda de diversas épocas, que la imaginacion popular ha idealizado, atribuye á los cantos patrióticos pronta y decisiva influencia en hazañas inmortales, que se desarrollaron en señaladas circunstancias de agitacion y de entusiasmo. Las estrofas de *La Marsellesa* vinieron en los tiempos de la primer República Francesa, á reproducir los viriles arranques de civismo que la elegía de Solon despertara en la víspera de Salamina, ó los cantos de Marnix en las épicas revoluciones de los Países-Bajos, cuando gemían aterrorizados por el sanguinario duque de Alba.

Pero si prescindiendo de la leyenda, se considera que un tomo dedicado á la poesía, esa "música de las almas grandes y sensibles", segun la frase de Voltaire, no puede decirse que, como el himno de la plaza pública, sea siempre un elemento de combate con trascendencia inmediata, algo como el puñal de Bruto ó la arena de la barricada, puede, empero, ser el rayo de la idea que deshace con *L'idole* de Barbier la tradicion funesta de Napoleon el Grande, y fulmina con *Los Castigos* á Napoleon el Chico, anticipándole el juicio de la posteridad, en estrofa sublime, saturada del odio legítimo que arranca al alma de los verdaderos ciudadanos, la maldad de los opresores de los pueblos.

En el libro que usted da á luz, se cantan los eternos ideales con que los espíritus fuertes se consuelan en las tristezas del retiro impuesto por arraigada austeridad. Se hace tambien historia en sus páginas, y Washington, Bolívar, y con ménos brillante auréola que ellos, otros nobles soldados de la libertad, reciben el testimonio de agradecimiento que los pueblos tributan á su memoria por medio de sus bardos inmortales, consagrados intérpretes de una opinion unánime y honrosa.

Bien, pues: es fecunda tarea la de estereotipar recuerdos que con el halago de la rima y la galana vestidura de la forma, compenetran la inteligencia del lector, viniendo á reavivarle sus cívicos deseos, sus aspiraciones dominantes, sus veneraciones prestigiosas.

Los guerreros-ciudadanos de la América, glorificados en el idioma excelso de sus cantores, siempre se presentarán ante los pue-

blos que sirvieron con su feliz estrella, como un castigo severo para los que se atreven á escalar la gerarquía militar que ellos alcanzaron en sus homéricas luchas por la libertad de un mundo. Y el genio de las poesías, iluminando con divinos resplandores la talla gigantesca de los héroes de Trenton, de Junin y de Ayacucho, hace más ridículos los entorchados con que se exhiben ciertos pigmeos, ajenos por completo á los nobles estímulos que dignifican la carrera de las armas.

En un volúmen de pocas páginas relativamente, regala usted á sus lectores con espléndidos cuadros de la exuberante naturaleza americana. Para confocccionarlos ha dado usted cita á los más diestros pinceles, á los más eximios artistas. Así hace brillar Cortés el postrimero rayo de sol, reflejado en las laderas que se dominan desde la cumbre del soberbio Illimani; con Mármol se aspira la embalsamada y lujuriosa atmósfera de los trópicos; Echeverría sobrecoge el alma melancólicamente al describir la Pampa solitaria en que va á desarrollarse el doloroso poema de la *Cautiva*; Heredia impone al espíritu con el "sublime terror" del Niágara.

En su antología se tocan todas las cuerdas del alma, y se habla á todos los sentimientos. Bajo el festivo velo del apólogo se recibe una leccion moral de la pluma de García Goyena, Real de Azúa ó Bello; y quien quiera pasar del entusiasmo ferviente por la patria amenazada de enemiga hueste, á solazarse en tiempos bonancibles con los inapreciables dones del purísimo cariño que suele vincular á las almas escogidas, no tiene más que dejar la página en que Guillermo Matta entona su *Himno de Guerra* para buscar aquélla en que Milanés traza en los *Dos laúdes* "uno de los más bellos rasgos de la poesía sud-americana", en opinion de maestro tan docto como D. Juan María Gutiérrez.

Para tomar conocimiento de cómo se versifica con perfeccion, no hay más que examinar atentamente la oda de Baralt á Cristóbal Colon ó la composicion de Lleras titulada *Orígen de la lengua castellana*; y para saber de qué manera feliz se desempeñan en la América del Sud las difíciles versiones del idioma inglés al español, basta con pasar la vista por *El cadáver del salvaje*.

En cuanto á los traductores de Horacio, nada tienen que envidiar á los muchos poetas que en idéntica tarea se han ejercitado en España, sin excluir á don Javier de Búrgos, que á la version completa de la obra poética del lírico latino, prestara la consagracion preferente de su vida literaria.

Por todo lo que sucintamente vengo exponiendo en esta carta, que no aspira á los honores de que usted la tenga por un estudio crítico-literario, ni mucho ménos, ya colegirá usted cómo considero en mi humilde opinion, que su libro viene á prestar un buen servicio á las letras americanas, siendo así que en tan pequeño volúmen y en un solo tomo, no hay otro que lo supla; porque, prescindiendo de toda consideracion ó exámen de los poetas uruguayos, por razones que usted fácilmente alcanzará, he de decirle que de los demas escritores en verso que forman su coleccion, ha escogido usted tan bien con arreglo al plan de antemano fijado, que puede servir ella de modelo ó arte métrico para los que en la gaya ciencia empiezan á ejercitarse.

Tanto por el fondo de las materias tratadas, cuanto por la variedad de las combinaciones métricas, huyendo usted de la monotonía que se nota por lo general en las antologías, ha hecho un libro de honradez literaria, en que el desempeño de las composiciones no desdice de la elevacion del asunto que las motiva.

Por natural tendencia de mi espíritu, no soy grandemente entusiasta de la poesía subjetiva que, traduciendo tan sólo sentimientos individuales, conduce al poeta á imaginarse que sus amores traicionados y sus ilusiones desvanecidas, pueden todavía interesar á la humanidad, que, como es de presumirse, tiene ya bastante con las revelaciones de Heine y de Beequer, sublimes maestros que difícilmente alcanzarán sus imitadores.

Creo, como Núñez de Arce, "que la poesía, para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto lo rodea y siempre lo mismo".

Con estas ideas, pues, debe usted comprender que por mi parte no he lamentado en general la exclusion que de la poesía simplemente erótica ó de la que traduce impresiones individuales, ha debido usted hacer por la razon que indica en el prefacio.

Sin embargo, tanto como son ridículos y fastidiosos ésos que llama el autor ántes citado "suspirillos líricos de corte y sabor germánicos", son elevados esos cantos sin afectacion, hijos de la sinceridad candorosa de un amante satisfecho, ó del paroxismo de un corazon apasionado, en que estallan de repente todos los dolores de incurable herida, abierta por la hiel del desengaño.

La lira que ha dedicado viriles himnos á la libertad y á la patria, bien puede también permitirse el desahogo de acariciar una esperanza ó llorar un extravío.

Usted podrá mañana, que para ello le sobra buena voluntad y distinguido gusto, emprender una antología bajo plan más vasto que el hoy trazado al libro que me ocupa. Y entónces con Carlos Guido mostrará usted en la cristalica transparencia de un alma pura, la *palidez del nardo* en la faz de la rubia y tierna Amira; hará usted partícipes á sus lectores de la ternura que arrancó *Una lágrima de felicidad* á José Eusebio Caro; como les hará ver en *Para siempre* de Guillermo Matta, la constancia enaltecida hasta el delirio en las íntimas satisfacciones de un amor correspondido, ó las torturas de un corazon dilacerado, cuando Blest Gana traduce magistralmente la más triste de *Las noches de Musset*, ó fulmina con el anatema de *No te olvidarás* la criminal traicion de la mujer querida con todo el fuego del primer cariño.

Con un plan mayor, podría usted dar entrada también á las inspiraciones que surgieron de las glorias y los héroes de la independencia de 1810 y de la guerra con el Brasil; magnificas inspiraciones que han quedado excluidas por ajenas á la índole del trabajo de usted. Olmedo, Juan Cruz Varela, Luca y Juan Crisóstomo Lafinur, entre otros, no podrán faltar en un libro americano que por sus proporciones consienta la insercion de los cantos que ellos consagraron á Junín, á Ituzáingo, á Chacabuco y al vencedor de Salta y Tucuman.

Feliz usted, doctor amigo, que en una larga vida de contrariedades sobrellevadas con estoica resignacion, conserva siempre puro su culto fiel á las letras y su amor á la poesía, forma del pensamiento que nunca morirá por su superioridad sobre la prosa, como lo sienta Campoamor, recordando de paso que Cervántes, ya en su tiempo un escritor arcaístico, es hoy un prosista anticuado, mientras que nos parecen de un poeta contemporáneo los versos de Jorge Manrique, que procedió casi de dos siglos al ilustre autor del *Quijote*:

¡Recuerdo el alma adormida,
 Avivo el seso y despierto
 Contemplando
 Cómo se pasa la vida,
 Cómo se viene la muerte
 Tan callando!

De vez en cuando aparecen insensatos que maldicen de la poesía; y ora con motivo del adelanto de las ciencias, ora con la razón del mercantilismo del siglo, ó con cualquier otro pretexto, juzgan que el movimiento intelectual presente desaloja de sus posiciones á los poetas. Pero todo ello pasa; y las eminencias que dan el tono en la marcha del mundo, cuando llega el momento, hacen pronta y pública justicia á tales necesidades.

Herbert Spencer, el filósofo contemporáneo más seriamente analítico, hablando de la escultura, la música, la pintura y la poesía, dice que los goces que esas artes proporcionan "ocuparán en el porvenir mucho más lugar que el que ocupan al presente en la vida del hombre." Y agrega despues: "La opinion comun de que la ciencia y la poesía son mutuamente antipáticas, proviene de una ilusion;" y muestra con el ejemplo de Goethe, cuán bien pueden entenderse, y hasta constituir la misma personalidad, el poeta y el hombre científico.

Antes de terminar, permítame que lo felicite por la forma elegante y la correccion con que ha salido su libro. Ha querido usted que sus poetas se presentasen vestidos con cierto esmero. Lo ha conseguido. Verdad es que don Constantino Becchi, al dirigir la parte tipográfica, trató desde un principio la compilacion con singular cariño. Galanterías de poeta con que quiso honrar á sus hermanos en la idea, el cantor del *Sol de la libertad*.

Créame siempre suyo afectísimo.

Setiembre 30 de 1881.

Las dos cartas

(PARA UN ALBUM)

POR DON JOAQUIN DE SALTERAIN

(Leida en la Velada Literaria celebrada en el Ateneo del Uruguay)

A solas, porque á solas
Se mira siempre la virtud modesta,
Una carta contesta,
Orillas de la mar, donde las olas
Conversan con la playa dulcemente,
La pálida doncella, de alba frente,
Blondos cabellos y pupilas rojas,
Cuando al pudor los pensamientos mecen,
Como esas margaritas que parecen
Gotas de sangre entre las verdes hojas.

Toda la noche abiertos,
Aquellos ojos, de mirar cansados,
Vagaron por la estancia, como inciertos
Rayos de luz velados
Por sombras y tinieblas. Y rompiendo
Con escrúpulos vagos y pueriles,
Dos horas se pasaron escribiendo
Estos íntimos rasgos juveniles:

" Miedo en el corazon, zozobra en todo,
" Voy á contaros, madre, cuanto sufro:
" Me aflige tanto el modo
" Con que las gentes mi virtud reparan,
" Que yo no sé por qué, tal vez, fallaran
" Con íntimo placer en contra mía.

“ Si yo parezco triste, es un desdoro;
 “ Si alegre estoy, pecado es la alegría;
 “ Y porque así me juzgan, sufro y lloro;
 “ Sufro, llorando la mitad del día.

“ Papá siempre me riñe,
 “ Diciendo que me encuentra preocupada,
 “ Y al escucharlo, sin querer se tiñe,
 “ Como tiñe á las flores la alborada,
 “ Mi rostro de matices y colores,
 “ Lo mismo que las flores.

“ Amor ó desazon, lo que me pasa
 “ No alcanzo á comprenderlo.
 “ Volved, madre, por Dios; volved á casa,
 “ Pues que me siento triste y desolada.
 “ Lo nimio perdonad de mis renglones,
 “ Vos que de perdonar estáis cansada;
 “ Y recibid, querida madre mia,
 “ El alma toda entera de Sofía.”

.
 A solas, porque á solas
 Se mira siempre la virtud modesta,
 Una carta contesta,
 Orillas de la mar, donde las olas
 Confían á la playa su querella,
 La en otros tiempos vírgen y doncella,
 Hoy pálida mujer, de tristes ojos,
 Blancos cabellos y pupilas blancas,
 Como esas margaritas que entre abrojos
 Nacen por los breñales y barrancas.

Toda la noche abiertos,
 Aquellos ojos, de llorar cansados,
 Vagaron por la estancia, como inciertos
 Rayos de luz velados
 Por sombras y tinieblas. Y cubriendo
 De besos y cariños,
 Dulces como las risas, á los niños

Que á su lado dormían, sonriendo
 En lechos virginales,
 Dos horas se pasaron escribiendo
 Estos íntimos rasgos maternos:

“ Miedo en el corazón, horrible, siento,
 “ Pensando, madre mia,
 “ Qué será de mis hijos ese día
 “ Que les falten mis besos y mi aliento.
 “ Mi esposo, dulce esposo
 “ Que mi mente soñó, más que conmigo,
 “ Se muestra cariñoso
 “ Con ellos, con los siervos y el amigo.
 “ Yo soy tan rara!... dice; y repitiendo
 “ Las gentes esas frases, en mi cara
 “ Vuelta se dan sonriendo,
 “ Y murmurando añaden: ¡es tan rara!....

“ Papá, siempre de broma,
 “ Supone que soy cándida y sencilla,
 “ Y al escucharle, sin querer asoma
 “ Una lágrima triste á mi mejilla.

“ Desdenes ó frialdad, lo que me pasa
 “ No acierto á comprenderlo.
 “ Si alguna vez volvéis á vuestra casa,
 “ Quizas, quizas no alcanzaréis á verlo.
 “ El íntimo dolor que el pecho anida,
 “ Me causa tan mortales desazones,
 “ Que sin pensar escribo estos renglones,
 “ Madre del corazón, madre querida.
 “ Recuerden vuestras santas oraciones
 “ El porvenir de mis amados hijos,
 “ Que en ellos puesta la esperanza y hijos
 “ Los ojos en el cielo, soñadora
 “ Débil muger, pero que siempre llora,
 “ En tí sólo confía
 “ El alma lacerada de Sofía.”

Julio de 1881.

Tentanda via est

(DE VICTOR HUGO)

TRADUCCION POR DON AGUSTIN DE VEDIA

(Leída en la Velada Literaria celebrada en el Ateneo del Uruguay)

No os inquietéis, ¡oh! no, madre extremosa,
Cuya bondad por todo se difunde
En el hogar, al verle, niño débil,
Mostrarse ya tan grave y pensativo.

Como un pájaro blanco, solitario,
Que sobre un arrecife, desde el fondo
De la sombra, avanzar ve lentamente
Las olas del Océano una á una,

Así él contempla desde ya la vida,
Vasta y sombría como el mar profundo,
Y sumergido en hondas abstracciones,
Sueña verla avanzarse paso á paso.

No os inquietéis, ¡oh madre! cuya alma
En tan divina mezcla se confunde,
Que el ángel os acoje como á un niño,
Y el niño como un ángel os admira.

Sin turbacion y sin temor, serena,
Besad la frente de ese tierno niño
Con legítimo orgullo; no es un sabio,
No es un prodigio; un soñador es, madre.

Y el niño soñador revela siempre
Al hombre pensador, del genio hermano;

Y es todo el pensamiento, que él entrega
El cielo á Milton, el infierno á Dante!

Un dia será grande: reservado
Extenso porvenir tiene sin duda
Ese curioso y reflexivo niño,
Avido así de investigarlo todo.

¿Quién sabe si del suelo levantando
El cincel colosal de Miguel Angel,
Y batallando audaz con el granito,
No hará al mundo admirar sus esculturas?

¿Quién sabe si, nüevo Bonaparte,
O Francisco primero, no pretende,
Jugador de ajedrez, tomar un dia
El plano de la Europa por damero?

¿Quién sabe si, bogando á toda vela,
Y extendiendo su vista limitada,
A favor de atrevido telescopio,
O de audaz y profundo pensamiento,

No irá mañana á sorprender triunfante,
En el inmenso azul del claro cielo,
O en el Océano, como Herschel un astro,
Como Colon, el genoves, un mundo?...

¿Quién sabe si?... Dejad crecer al niño...
Nuestras miradas ni siquiera advierte;
Acaso sueña ya como soñara
Otro niño inmortal, Virgilio, un dia,

En el combate que despues persigue
El insigne poeta; acaso sueña
Ensayar y vencer como aquel genio,
Y por nuevo camino, abandonando

La esfera en que se enciende nuestra vida,
A sus sienes ceñir palmas de gloria,
Y un dia, deslumbrante, nombre alado,
Revolotear en boca de los hombres.

SUETOS

El Ateneo del Uruguay acaba de sancionar un proyecto que influirá de una manera muy favorable sobre el progreso intelectual de la República.

Hasta ahora, la acción del Ateneo se había limitado casi exclusivamente á las conferencias públicas. Pero, como fácilmente se comprende, las conferencias públicas, si bien podían concurrir al desenvolvimiento intelectual, no eran propias para suscitar la elaboración de trabajos lentos, de éstos que por su naturaleza requieren pacientes y detenidos estudios.

Era necesario extender más el programa del Ateneo, ofrecer á nuestros hombres pensadores ocasión para emprender obras de largo aliento; y á ese propósito responde el proyecto sobre concursos literarios y científicos que publicamos al final.

Las asociaciones y academias europeas han puesto en práctica con gran éxito el pensamiento que el Ateneo trata de realizar, señalando temas importantes y ofreciendo premios y honores á los opositores más sobresalientes.

Es cierto que nosotros no hemos llegado todavía á ese grado del desenvolvimiento social, en que es permitido á los espíritus ilustrados entregarse libremente á un determinado género de estudios científicos ó literarios, grado al que sólo llegan las sociedades definitivamente constituidas, por efecto de una aplicación extensa del principio de la división del trabajo.

Estamos persuadidos, sin embargo, de que el proyecto que acaba de sancionar el Ateneo, lejos de ser infecundo, producirá un movimiento saludable, abriendo á nuestra juventud nuevos horizontes y proporcionándole oportunidad para cultivar sus fuerzas en campos poco explorados y de inmenso porvenir.

Los temas designados por la Junta Directiva no pueden ser más interesantes.

Entre los muchos asuntos que debían preocupar la atención de la Junta Directiva, figuraba en primera línea el relativo á la historia de la tribu Charrúa, que, como se sabe, era la que poblaba

una parte considerable de nuestro suelo cuando llegaron los conquistadores europeos, y que se hizo célebre por la resistencia tenaz que hasta el último momento opuso á la invasión.

A pesar de ser tan reciente la fecha de la completa extinción de los Charrúas, nuestros conocimientos sobre su historia, costumbres, hábitos y tendencias son en extremo deficientes. Algunos aficionados han podido formar colecciones más ó menos completas de los utensilios domésticos y guerreros de esa tribu que aún no había salido de la edad de piedra; pero el hecho de que hasta ahora nadie ha conseguido descubrir un solo cráneo de Charrúa, revela por sí sólo la escasez de las investigaciones practicadas y la conveniencia de realizar otras más serias.

Hay más todavía. Los estudios contemporáneos han demostrado hasta la evidencia que las condiciones exteriores ejercen una influencia considerable sobre las razas humanas; que la vida es un conjunto de acciones y reacciones entre el organismo y su medio. Y bien! ¿no será de gran utilidad para el estudio de nuestra historia patria, el conocimiento de los efectos que el medio en que vivimos ejerció sobre los primitivos pobladores? ¿No arrojará alguna luz sobre las causas de nuestro estado actual, el descubrimiento de las influencias del medio ambiente que imprimieron al tipo Charrúa su carácter propio? Así como se ha reconocido que el anglo-sajon se modifica profundamente en la Australia y América del Norte, quizá también llegue á reconocerse que el tipo latino de que descendemos, ha sufrido y continúa sufriendo grandes cambios al adaptarse á estas regiones, cambios que sólo podrá revelar el estudio detenido de los agentes exteriores sobre diversas razas.

Hay una circunstancia que contribuye á dar oportunidad al estudio. Todavía viven algunas personas de las que tuvieron ocasión de continuar la lucha con los Charrúas, y quizá sea posible, acercándose á ellas, obtener datos preciosos que pueden desaparecer de un momento á otro.

La Junta Directiva del Ateneo ha comprendido, pues, toda la trascendencia del asunto, al fijar como tema para uno de los concursos, *la tribu Charrúa, su historia, costumbres, utensilios domésticos y guerreros.*

El segundo tema señalado por la Junta Directiva, es el complemento del que acabamos de enunciar. Nuestra historia patria ha sido poco cultivada. Aún cuando se hayan publicado obras de in-

cuestionable mérito, entre las que debemos mencionar la que ha dado recientemente á luz el ilustrado doctor Berra, la verdad es que son raros los estudios que se han hecho á ese respecto. Conviene, por consiguiente, estimular la formacion de nuestra historia, y es lo que ha hecho la Junta, señalando como tema el período comprendido entre los años 1800 y 1830, tan fecundo en grandes enseñanzas.

El tercer tema es el siguiente: *Animales útiles y dañinos de la República Oriental*. El asunto se presta á curiosos estudios sobre nuestra fauna, estudios que independientemente de su interes científico, podrán ser de mucha utilidad para nuestra campaña, en cuanto revelarán las ventajas que produce la seleccion artificial de las razas, ó indicarán al mismo tiempo, los medios más eficaces para conjurar ó disminuir el peligro que ofrece la presencia de ciertos organismos dañinos, que á veces destruyen en breves instantes el resultado de penosos esfuerzos.

El cuarto tema corresponde á la literatura: es un *canto al arte*. El tema, como se ve, es digno de ser desarrollado por esos poetas de rica imaginacion, que en las veladas del Ateneo se han conquistado un puesto tan honroso como merecido.

Creemos, pues, que la Junta Directiva ha procedido con mucho acierto en la eleccion de los temas; y estamos firmemente persuadidos de que al vencerse los plazos del concurso, podremos admirar una vez más el elevado grado de cultura mental á que ha llegado nuestro pueblo, á pesar de los tremendos golpes que viene recibiendo desde la época misma en que se constituyó como nacion independiente.

Ahora, hé ahí el programa de los concursos:

I— Se admitirán composiciones en prosa ó verso, escritas en lengua castellana, sobre los temas que más adelante se indican.

II— Podrá tomar parte en el certámen todo aquél que lo desee, sin otras restricciones que las consignadas en las presentes bases.

III— Cada autor escribirá un lema en el encabezamiento de su composicion, la cual dirigirá, sin firmar, en pliego cerrado, al Presidente del Ateneo del Uruguay.

IV— Al pliego anterior acompañará otro tambien cerrado, en cuyo sobre se repetirá el lema ántes indicado y en el interior irá la firma del autor y punto de su residencia.

V— Los pliegos que contengan composiciones literarias deberán estar en poder del Presidente el dia 5 de Febrero de 1882 á las 9 de

la noche; despues de esa hora no se admitirá pliego alguno. Los que contengan composiciones científicas se entregarán al Presidente el 5 de Agosto hasta la misma hora y en las mismas condiciones que las anteriores.

VI— Dos jurados compuestos de personas competentes adjudicarán los premios, los que se distribuirán el 5 de Marzo y 5 de Setiembre de 1882.

VII— En el primer Certámen literario ulterior que celebre el Ateneo se leerán dos de las composiciones literarias premiadas, que designará el mismo Jurado.

VIII— Se leerán tambien dos de las composiciones científicas premiadas, en sesiones públicas que se celebrarán con ese objeto.

IX— El primer premio para las composiciones en verso será una medalla de oro y los segundos premios consistirán en medallas de plata y accésits. El primer premio para las composiciones científicas será la publicacion de la obra por cuenta del Ateneo y diploma de primera clase; y los segundos premios consistirán en cantidad de dinero con que el Ateneo se suscribirá para la publicacion y en diplomas de segunda clase.

El Jurado podrá además adjudicar menciones honoríficas á las composiciones que, inferiores en mérito á las que obtengan los primeros y segundos premios, sean á su juicio dignas de mencion como lo establece el proyecto.

TEMAS

1.º *Raza Charrúa: su historia, costumbres, utensilios domésticos y guerreros.* (El concurso tendrá lugar el 5 de Agosto de 1882.)

2.º *Período de la historia de la República comprendido entre los años 1800 y 1830.* (El concurso tendrá lugar el 5 de Agosto de 1883.)

3.º *Animales útiles y dañinos de la República Oriental.* (El concurso tendrá lugar el 5 de Agosto de 1882.)

4.º *Canto al arte.* (El concurso tendrá lugar el 5 de Febrero de 1882.)

Las secciones del Ateneo acaban de reorganizarse, y pronto empezarán á funcionar con toda regularidad.

En la seccion de Ciencias Naturales, los evolucionistas presentarán varias conferencias con el objeto de exponer la teoría de Dar-

win y defenderlo de los ataques de que ha sido objeto en las últimas reuniones del Ateneo.

La seccion de Ciencias Morales y Políticas se prepara por su parte á entrar en un período de actividad. Segun acaba de comunicar á la Junta Directiva el Sr. Rodríguez, secretario de dicha seccion, están prontas las siguientes conferencias, que se darán los juéves de Octubre y Noviembre :

- 1.^a Conferencia: Libertad de enseñanza.
- 2.^a id. Enseñanza obligatoria.
- 3.^a id. ¿Debe enseñarse religion en las escuelas públicas?
- 4.^a id. Origen y fundamento de la propiedad; razones que se dan para limitar este derecho.
- 5.^a id. Exposicion de las teorías penales sobre el delito.
- 6.^a id. De las penas; razones que se dan para justificar la penalidad.
- 7.^a id. Produccion: circunstancias que favorecen ó contrarían su desarrollo.
- 8.^a id. Industrias. ¿Conviene en el momento actual plantearse todas en nuestro país? En el caso contrario indicar las más económicas y de mejores resultados.

Salvamos algunas erratas que se deslizaron en la composicion Ex LA CUMBRE, inserta en nuestro número anterior.

I. Dice: en *nota* lastimera.

Léase: en *rota* lastimera.

III. Dice: del crimen, la *denuncia*, el idiotismo.

Léase: del crimen, la *demencia*, el idiotismo.

IV. Dice: y *proterva* y servil con el que manda.

Léase: y *rastrera* y servil con el que manda.

VI. Dice: porque loca, perversa, necia, idiota.

Léase: porque loca perversa, necia idiota.

VII. Dice: y *opoco* fulgor lanza.

Léase: y *opaco* fulgor lanza.

VII. En la nota de la pág. 77: adalid del derecho y de la libertad *herida*.

Léase: adalid del derecho y de la libertad, herido

Dice: Trepando por *llanos* y palmares.

Léase: Trepando por *lianas* y palmares.